

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

ASESINO TELEPATA



W. SAMPAS

ANDERZ

ASESINO TELÉPATA

Bolsilibros - S.I.P. (Spacial International Police). N.º 16

NUNCA pudo saber cómo llegó «aquello» hasta él. Mucho después, cuando Intentaba encontrar en su mente los recuerdos que debían lógicamente haber quedado, no halló nada, como si todo lo que podía demostrarse fuera una broma de los demás: una broma pesada que podía costarle la vida.

En realidad, Emil Chantail no era, ni muchísimo menos, un hombre imaginativo. La vida le había tratado duramente en su primera mitad y no tuvo apenas tiempo de aprender esas cosas que las personas enteradas saben decir en las reuniones. A los treinta años, la suerte le miró a la cara y encontró una cómoda y bien pagada colocación, viéndose convertido de la noche a la mañana en un uniformado mayordomo, sirviendo a un hombre tan importante como Jean Duvau.

Llevaba cinco años en la casa y había sabido olvidar todo lo pasado, diciéndose, con ese sencillo razonamiento que utilizan los hombres sin grandes ambiciones, que había conseguido lo que deseaba y que su deber era, por encima de todo, conservarlo.

Título Original: *Asesino Telépata*

©1959, W. Sampas

©1959, Toray (España).

Colección: S.I.P. (Spacial International Police).

UUID: a109dc91-97b9-4a4d-ba93-f78e35691b4e

Generado con: QualityEbook v0.84

ASESINO TELÉPATA



ASESINO TELÉPATA

por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Orne, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1959

Depósito legal: B. 4395 — 1960

Número de Registro: 1231 — 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.— Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

ASESINO TELÉPATA



Capítulo



NUNCA pudo saber cómo llegó «aquello» hasta él. Mucho después, cuando Intentaba encontrar en su mente los recuerdos que debían lógicamente haber quedado, no halló nada, como si todo lo que podía demostrarse fuera una broma de los demás: una broma pesada que podía costarle la vida.

En realidad, Emil Chantail no era, ni muchísimo menos, un hombre imaginativo. La vida le había tratado duramente en su primera mitad y no tuvo apenas tiempo de aprender esas cosas que las personas enteradas saben decir en las reuniones. A los treinta años, la suerte le miró a la cara y encontró una cómoda y bien pagada colocación, viéndose convertido de la noche a la mañana en un uniformado mayordomo, sirviendo a un hombre tan importante como Jean Duvau.

Llevaba cinco años en la casa y había sabido olvidar todo lo pasado, diciéndose, con ese sencillo razonamiento que utilizan los hombres sin grandes ambiciones, que había conseguido lo que deseaba y que su deber era, por encima de todo, conservarlo.

Pulcramente vestido, bien comido y mejor tratado, un mayordomo llega a identificarse con la casa donde sirve, considerándola un poco suya. Y como el resto de la servidumbre está generalmente a sus órdenes, el mayordomo terminó por sentirse «un poco dueño», sobre todo cuando el verdadero ha salido, dejándole las riendas de su

hacienda.

Así era Emile Chantail.

Había aprendido, desde muy pequeño, que la honradez debe ser algo consustancial en una persona que está al servicio de otra. Y Emile era honrado a carta cabal. Gozaba, pues, de la absoluta confianza de su amo y se sentía legítimamente orgulloso de ello.

Todo empezó aquella mañana de octubre.

Como siempre —y la vida de un buen mayordomo no suele ser más que una sucesión de repeticiones entre las que muy pocas veces hay sitio para lo inesperado—. Emile preparó el vaso de jugo de naranjas que su señor debía tomar, en su despacho, antes de pasar al cuarto de baño. El señor Duvau solía pasar por su mesa nada más levantarse, con el batín arrollado a su cuerpo y los pocos cabellos que tenía revueltos aún por la estancia en el lecho. Le gustaba echar una mirada al vademécum donde marcaba con exactitud lo que debía hacer cada día.

Y lo inesperado, lo imposible, surgió en el momento en que el mayordomo terminaba de poner el azúcar en el líquido.

Fue como si algo, de repente, se impusiese a su propia voluntad, como si un extraño con poderes extraordinarios, se hubiera introducido en su cerebro, apagando la totalidad de las ideas que en él había, para imponer las suyas propias.

Al principio no se produjo más que una llamada, sencilla, llana:

«¡Emil!».

Estuvo a punto de contestar en voz alta, tal era la intensidad de la voz, como si al mismo tiempo hubiese sonado dentro y fuera de él. Pero se dominó, «comprendiendo» que la voz había sonado tan sólo en el interior de su cerebro.

Se quedó con la boca abierta, entre preocupado y divertido, no sabiendo qué partido tomar. Pero como si adivinase el curso exacto de sus ideas, la voz volvió a dejar oír su son profundo:

«No temas, amigo... Yo te he elegido porque vales más que ninguno. Y tú me obedecerás... ciegamente... ¿verdad?».

Emil no sabía mucho de hipnotismo y mucho menos de hipnotismo a distancia. Había asistido, gracias a las entradas que de vez en cuando le había dado su amo, a algunos espectáculos circenses, pero lo que allí había visto, aunque extraordinario, le había dejado frío.

Porque siempre pensaba en la existencia de un truco.

Ahora era distinto. Alguien se estaba imponiendo rápidamente a su voluntad. Porque, a pesar de que hizo cuanto pudo por volver a tomar

las riendas de su conciencia, no lo consiguió. Como un autómatas, después de una corta pausa, repuso:

—Obedeceré.

«Eso está bien, Emil... no esperaba menos de ti... Deja ahora que tus ideas se alejen de tu mente... Es muy fácil... muy fácil. No tienes más que aflojar los músculos, distenderte... Estás tranquilo, muy tranquilo... ¿no es verdad?».

—Sí.

«Perfecto. Estás tranquilo y confías en mí... Porque eres inteligente y conoces ya mi poder... Yo soy muy poderoso y tú puedes llegar a serlo con mi ayuda...».

Emil dijo:

—Lo seré.

Hubo un silencio, indudablemente aprovechado por «el otro» para percatarse del estado de Emil. Debió complacerle porque continuó:

«Ahora ya no dudo de que me obedecerás... ¿no es así?».

—Obedeceré ciegamente.

«Estupendo. Ve a llevar la naranjada a tu señor, pero antes pasa por la salita...».

Emil cumplió a rajatabla las instrucciones que iba recibiendo. En vez de dirigirse directamente al despacho donde Duvau le esperaba, marchó hasta la salita. Una vez allí, se detuvo, esperando órdenes.

«Bien... ya sabes que en ese escritorio, en el segundo cajón de la izquierda, hay una pistola. ¡Cógela!».

Emil se dirigió al mueblecito y abrió el cajón indicado. Allí tenía el señor Duvau, desde hacía mucho tiempo, una pistola que antes solía llevar consigo, sobre todo cuando el barrio donde vivía no ofrecía la seguridad de ahora.

Pero todo aquello pertenecía al pasado y el señor Duvau dejó el arma en el cajón, olvidándola por completo.

«Escóndetela en el bolsillo del pantalón».

Emil cumplió lo ordenado.

«Bien. Ahora ve a servir el jugo de naranjas».

Si Emil hubiese poseído en aquellos momentos la facultad de reflexionar, se hubiera visto obrar como un autómatas, moviéndose de una manera aún demasiado rígida para un hombre de su oficio. Salió de la habitación, atravesó el amplio vestíbulo, dirigiéndose por último al despacho, a cuya puerta llamó de una manera queda y comedida, como

de costumbre.

Pero si alguien le hubiese visto por detrás, se hubiera alarmado al contemplar la culata de la enorme pistola que sobresalía del bolsillo de su pantalón.

Por fortuna, no había nadie por allí.

—¡Adelante!

Era la voz recia, clara y segura de Jean Duvau, la voz de un hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido.

Emil penetró suavemente, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Emil.

No había levantado la vista de los papeles que consultaba y extendió la mano, a tientas, como solía hacerlo cada día, encontrando el vaso en el sitio preciso.

—Está bien, Emil. Puedes ir a preparar el baño.

Las mismas palabras de cada día, los mismos gestos, el mismo tono de voz. Pero, en aquella mañana de octubre, las cosas habían tomado un rumbo completamente distinto.

Y Emil empezó también a recibir instrucciones, concretas, secas, como órdenes tajantes.

Así, cuando Jean levantó la vista de los papeles, extrañado de que su mayordomo no se marchase como de costumbre, vio, con el consiguiente asombro, que Emil empuñaba su pistola con la que le apuntaba al pecho.

Duvau no era un hombre que tuviese miedo. Y menos de un criado. Serenamente, por deducción lógica, llegó a la conclusión de que el mayordomo había perdido temporalmente la razón y que debía ser tratado con el cuidado requerido en tales casos.

—¿Qué significa esto, Emil?

—Ha de darme la clave de la caja fuerte, señor.

Jean frunció el entrecejo.

Se había equivocado y ahora se percataba de las verdaderas intenciones de aquel hombre. Pero, a pesar de todo, de las palabras que acababa de oír, no pudo creer en ellas.

Conocía demasiado bien a su criado.

—Vamos, Emil —y una sonrisa hábil afloró a sus labios—: seamos sensatos. Si necesitas dinero, y no puedo explicarme para qué, yo puedo dártelo.

Me has servido varios años con eficiencia y honradez y no puedo concebir que una necesidad tuya deba solventarse de esta forma melodramática. ¿Cuánto necesitas?

La voz de Emil, copia de la que sonaba en el interior de su cerebro, se hizo dura, seca, tajante:

—¡La clave de la caja, señor!

—Jean miró a su criado.

Le miró a los ojos, asombrándose de que no hubiese en ellos la menor luz de crueldad o de malicia. Sus ojos mostraban la misma mirada de siempre: respetuosa, como correspondía a un buen mayordomo.

Pero la mano que empuñaba el arma estaba firme y no vacilaba, marcando siempre idéntica trayectoria: una línea corta y recta que terminaba a la altura del corazón del millonario.

—¿Cien mil? —aventuró Jean.

Era una probabilidad que no podía por menos de utilizar. Estaba acostumbrado a tratar hombres de todas clases y sabía que cada uno tiene una cifra. La del criado era demasiado alta, pero merecía la pena.

—¡La clave!

Esta vez no hubo «señor» y Jean lo notó.

La intranquilidad creció en su mente y ya no encontró ninguna explicación que le satisficiera respecto a la manera de obrar del criado. Había algo que no coincidía, un elemento que se le escapaba por completo.

—¿Un millón? —aventuró, sin ninguna esperanza.

Hubo una corta pausa; después, con voz acerada, apremió:

—¡Te doy diez segundos para abrir la caja, imbécil! Si no, dispararé.

No había dudas ahora.

Considerando su vida muchísimo más valiosa, el millonario se levantó, dirigiéndose hacia la caja. Volvió la espalda al criado y maniobró unos segundos en los mandos del cofre.

Se oyeron una serie de «clics»; luego, tirando hacia él, Jean abrió la maciza puerta de la caja.

Había cien millones en su interior.

Duvau solía hacer operaciones de la noche a la mañana. Y le era mucho más cómodo poder hacer pagos en metálico, sobre todo a clientes que salían de Francia en el mismo día del acuerdo y que sentían cierta repugnancia a los cheques.

Se volvió hacia el criado.

—Ya está, Emil. Pero te darás cuenta de la enormidad que acabas de cometer.

La faz de Emil estaba tan impasible como cuando se presentaba ante él. Había en aquel rostro una tranquilidad que hizo que el millonario sintiese un frío que le recorría la espalda. No comprendía qué le sucedía a Emil.

—¿Qué quieres más? —inquirió, con un acento de angustia en la voz.

Acababa de darse cuenta de que su criado no era el mismo y que estaba sometido a algo cuya naturaleza no podía siquiera entrever. De todos modos, su comportamiento no era el de un loco, ni tampoco el de un hombre que obra por sus propios impulsos.

—¿Te sientes enfermo? —preguntó, convencido de que había hallado la verdad.

Pero el otro no contestó.

Se había acercado y miraba a Jean como si fuese la primera vez que lo viese. Durante unos segundos, mientras la angustia y el miedo de Duvau se centuplicaban, el criado permaneció inmóvil, como si se hubiese convertido en una estatua.

—¡Di algo al menos! —exclamó su amo, aterrorizado.

Fueron sus últimas palabras.

Emil apretó el gatillo.

La detonación fue apenas audible. El arma, como todas las modernas, estaba dotada de un mecanismo silenciador casi perfecto.

Jean recibió el impacto en plena región cardiaca. No hizo más que entreabrir la boca, como si quisiera decir algo. Sus ojos se dilataron también, dejando ver todo el horror y la sorpresa alucinante que sus labios no podían expresar.

Luego se desplomó sin vida.

Volviéndole la espalda, bajo el influjo de las órdenes que le seguían llegando, Emil se dirigió a la caja fuerte y empaquetó, después de lanzar el arma sobre la alfombra, los fajos de billetes. Después fue a la habitación de Duvau, tomó un maletín, en el que colocó todo el dinero.

Cerró la puerta del despacho al salir y se dirigió hacia el vestíbulo. Justo, cuando penetraba en él, Lucas, el cocinero, tropezó con él.

—¡Buenos días, señor Chantail! —saludó.

—Hola, Lucas, Voy a un recado. Volveré después. El señor no quiere ser molestado.

—¿Está en el baño?

—No. Hoy no sale. Tiene una fuerte jaqueca.

—¿Tendré que preparar el almuerzo y comerá fuera?

—Ya le daré instrucciones después.

—Está bien.

Una vez en la calle, Emil caminó hasta la esquina, requiriendo un taxi al que dio una dirección de las afueras de París, apremiándole para que fuese lo más rápidamente posible.

Abandonó el taxi doscientos metros antes del lugar de la cita. El resto lo hizo a pie.

Había un descampado, a orillas del Sena, y una serie de hotelitos que en aquella época ya estaban deshabitados. Un banco de piedra, quizás el único del paseo que bordeaba el río, le hizo detenerse.

La orden sonó como un trallazo:

«¡Deja el maletín ahí!».

Emil obedeció.

Momentos después el mayordomo terminaba de recorrer los doscientos metros que le separaban de una parada de taxis, donde subió a un nuevo vehículo, ordenándole al conductor que le llevase a casa de Duvau.

No despertó hasta llamar a la puerta, preguntándose qué podía hacer a aquellas horas fuera de la casa y lejos de sus obligaciones.

* * *

El inspector era joven, apenas treinta años, pero ya sus cabellos blanqueaban, sobre todo en las sienes. Era alto, de anchas espaldas, rostro interesante y ojos intensamente negros y brillantes.

Le bastaron dos horas, contado en ellas todo lo que se hizo en los laboratorios, para llegar a una conclusión lógica: el asesino y el ladrón no eran más que la misma persona, el mayordomo.

Las huellas abundaban por todas partes y no podía caber la menor duda de la culpabilidad de Emil Chantail.

Pero ahora, ante el hombre, en uno de los salones de la casa, y junto a su ayudante, Félix Duval, el inspector Lochamps se preguntaba si todo aquello no había sido demasiado fácil.

Como en las novelas.

Un asesinato, un robo y un mayordomo.

Y allí estaba el mayordomo, con los ojos dilatados por el terror con un vacío mental extraordinario.

Una hora de interrogatorio intenso había conducido a un resultado nulo: Emil no sólo negaba haber matado y robado a su amo, sino que confesaba no recordar absolutamente nada desde el momento que preparó el jugo de naranjada hasta que se encontró, no sabía cómo, a la puerta de la casa, una hora y media después, aproximadamente.

—¡Ese truco está muy visto! —replicó Duval—. La amnesia no te sirve, amiguito.

—¿Amnesia? —Inquirió Emil—. ¿Qué es eso?

Los dos policías se miraron.

Después, Ives, el inspector, dijo:

—Eso quiere decir pérdida de memoria.

La mirada del mayordomo se iluminó:

—¡Eso es lo que ha debido ocurrirme, señor!

—Puede ser; pero, de todos modos —replicó Ives—, has matado a tu amo y las huellas están por todas partes. ¡No has obrado con ninguna clase de cautela!

—¡Yo no he podido matar al señor! —protestó el otro.

—De eso no hay duda alguna, amigo —dijo Félix—. Pero queremos que nos digas por qué lo has hecho y dónde has metido el dinero.

—Ya les he dicho que no sé nada del dinero.

—¿Vas a intentar hacernos creer que se ha evaporado?

Los ojos de Emil se humedecieron.

—¡Les juro que no sé nada! ¡Nada! Si ustedes tienen pruebas de que he... hecho daño al señor, ¡castíguenme! Pero no me llamen asesino y ladrón. No lo he sido nunca ni lo seré jamás.

Duval se rascó la cabeza.

—¡Como comediante no tendrías precio! —exclamó, asombrado.

Fue en aquel momento cuando un agente introdujo en el despacho a un hombre delgado, diminuto, que llevaba un maletín en la mano.

—¡Hola, doctor! —saludó el inspector.

Ferdinand Clovel, psiquiatra de la policía, estrechó la mano a los dos hombres; después, mirando a Emil, preguntó:

—¿Es él?

—Sí.

El médico se acercó al mayordomo.

—Veamos, amigo. ¿Se siente bien?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Emil Chantail, señor.

—¿A qué día estamos?

—Martes, trece de octubre, señor. Por la tarde.

—Muy bien. ¿Recuerda bien el pasado?

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Ahora va a verlo. ¿Hubo algo extraordinario el mes pasado?

Emil reflexionó unos segundos.

—El señor estuvo dos días en Londres.

—De acuerdo. Veamos más lejos: ¿dónde estaba usted cuando tenía dieciocho años?

—En Burdeos.

—¿Dónde vivía?

—En el número treinta y tres de la calle Meunier, señor.

—Perfecto.

Abrió el maletín y sacó dos aparatos que, después de rogar a Emil que se arremangase, le ciñó a ambos brazos. El resto, la parte más voluminosa del aparato, había quedado en el maletín, y sólo él y los policías podían ver los cuadrantes con sus agujas inmóviles.

—Empecemos por esta mañana. ¿Qué hizo al levantarse?

—Me desperté, como cada día, a las siete. Me duché y vestí, bajando después a la cocina para recoger las naranjas con las que debía preparar el jugo al señor. Fui al comedor, saqué uno de los vasos tallados y un platillo de plata. Subí a la cocina para preparar el jugo y entonces...

—¿Qué pasó entonces?

—No lo sé.

—¿Qué recuerda más?

—Cuando llamé a la puerta de la casa me extrañó encontrarme allí y no sé dónde he estado.

El médico, en silencio, separó los aparatos del brazo de Emil, guardándolos nuevamente en el maletín. Tomó éste, dirigiéndose a la puerta seguido por Ives.

Una vez fuera y volviéndose al inspector dijo:

—Está sano de cuerpo y espíritu.

—¿Qué más?

—No ha mentido una sola vez. Eso puedo certificarlo.

—¿Amnesia?

—No lo creo. Afectaría a un área temporal demasiado estrecha. No, no es posible.

—¿Entonces?

El médico se encogió de hombros y el inspector sintió que un sudor frío empezaba a perlar su frente. Porque no veía solución alguna a un problema que, sencillamente, no la tenía.

Capítulo

II



A señora Fergusson acababa de llegar a París. Pasó la noche en la suntuosa habitación del Palace que su esposo había retenido para ellos una semana antes. Le fastidió hacer el viaje sola, pero Robert debía ultimar unos asuntos en Londres y estaría en París doce horas más tarde.

Al levantarse, Gloria Fergusson se asomó al amplio balcón con terraza, que daba a la magnífica perspectiva de los Campos Elíseos. Y respiró la brisa pura del París otoñal, presintiendo que iba a pasar unos días de felicidad ilimitada en aquella hermosa ciudad.

Después de tomar un baño, vistió uno de sus mejores trajes, prometiéndose, no obstante, cuando llegase Robert, ir con él a uno de los famosos modistos, donde se encargaría unos cuantos modelos sensacionales.

Su esposo la había provisto de un talonario de cheques, con cargo al Lyonnais de París, pero le había rogado que fuera prudente, hasta que él llegase, permitiéndole que gastase, como quisiera, hasta cincuenta mil francos.

Gloria era una mujer obediente y no tenía ningún motivo para no serlo, ya que estaba segura de que Robert convertiría en realidad todos sus caprichos, como había ocurrido siempre. Pero a él le gustaba estar junto a su mujer cuando compraba; le satisfacía seguir la expresión

variante de su rostro, el brillo de sus pupilas y el ritmo de su respiración, que se hacía más intenso a medida que la belleza de lo deseado aumentaba.

También le gustaba a ella.

—De todos modos —se dijo, echándose una última ojeada en el espejo—, cincuenta mil francos era una cantidad que podría procurarle algunas pequeñas satisfacciones.

Salió de la habitación y cuando hubo atravesado el «*hall*» e indicado al portero que llamase a un taxi, frunció el entrecejo al recordar que tendría que esperar un poco para poder disponer de su coche que, junto al de su esposo, llegaría en el helicargo, aquella misma noche, al helipuerto de Orly.

Una vez en el coche y después de decir al chófer que descendiese hacia el centro de la ciudad, se sintió optimista, contemplando la animada circulación del paseo.

Los escaparates relucían.

¡Aquello era París!

De repente, cuando llegaban a la plaza de la Concordia, se inclinó hacia adelante, ordenando al chófer.

—Joyería Bemiroux, por favor.

El conductor tomó el camino de la rué Rivoli, deteniéndose poco después.

—Espere un momento —dijo ella.

En el espacio que separaba el coche de la tienda, frunció el entrecejo, preguntándose qué hacia ella ahí y cómo conocía la dirección de aquel joyero, cuyo nombre acababa de pronunciar, por primera vez en su vida, momentos antes.

Pero algo superior se impuso en su mente.

Penetró en el establecimiento, siendo recibida por el gerente en persona, que se inclinó ceremoniosamente ante ella.

—¿Señora?

Me llamo Gloria Fergusson, de la Fergusson y Compañía, exportadores de Londres. Mi esposo es Fred Fergusson.

El gerente conocía perfectamente la firma.

—¡Encantado, señora Fergusson! ¿En qué puedo servirle?

—Deseaba ver algunas joyas.

—Ahora mismo.

Una palmada y dos empleados, sumisos y ceremoniosos, aparecieron

como por ensalmo. Minutos después, una vez acomodada en un sillón, Gloria empezó a ver desfilar ante ella, las más valiosas joyas que poseía Demiroux.

Fue señalando lo que más le complacía, aunque a veces experimentaba la sensación de que obedecía órdenes extrañas. Pero aquello no fue más que un fogonazo de lucidez.

Al ver la gran cantidad de joyas que iba quedando aparte, Claude Demiroux, después de frotarse alegremente las manos como buen comerciante, empezó a sentirse ligeramente inquieto. Su sensación de intranquilidad creció cuando, mentalmente, como tenía por costumbre, calculó la cifra que representaba todo aquello.

Tragó saliva con dificultad.

—«Madame»...

Le costó un verdadero esfuerzo interrumpir a la ilustre visitante. Su experiencia le decía que era una nota de mal gusto hacerlo; pero, por encima de las conveniencias del negocio, estaba su propia razón.

Y Claude empezaba a dudar de que estuviese en su sano juicio.

—¿Qué hay? —inquirió ella, con la más encantadora de las sonrisas.

Claude se esforzó en imitarla, pero su sonrisa tenía más de mueca que de otra cosa.

—Verá usted, «Madame»... ¿No cree que para realizar una compra de esa importancia, debería usted consultar con su esposo?

Las pupilas de la mujer brillaron y el joyero tuvo la horrible seguridad de que le hacía impelida por la cólera.

Así, la voz de Gloria sonó con una dureza patente:

—¿Intenta usted insinuar que no tengo su permiso?

—¡Por favor, «Madame»! ¡De ninguna manera!

—¿O es que mi firma, sobre un talón, no posee suficiente sálvemela para usted?

—¡De ninguna manera! ¡No faltaría más!

¡De qué forma tan impropio se estaba comportando!

La mejor venta del año y aún ponía cortapisas a su realización.

Se inclinó, como sabía hacerlo, ensayando al mismo tiempo una de sus más convincentes sonrisas.

—Le ruego que me perdone, «Madame». Puede seguir escogiendo lo que desee. Todo lo que tengo está a su disposición.

Y dejando que la dama prosiguiese su examen, pasó al despacho, reclamando una conferencia con su asesor bancario, al que le explicó lo

que ocurría.

—¿La señora Ferguson en persona?

—Creo que sí.

—Eso es lo que debe usted comprobar. Cuando extienda el cheque, puede reclamar un documento de identidad; es decir, ¡qué tontos somos! Llame al hotel donde se aloja y pida la comprobación de su pasaporte. Con eso bastará.

—Muchas gracias.

Volvió a la tienda, arreglándose para conocer la dirección de su cliente. Luego, tomó el teléfono y comprobó de una manera satisfactoria lo que deseaba saber.

Entre tanto, Gloria había terminado su elección, y cuando el joyero regresó, ya estaba uno de sus ayudantes sumando una larga columna.

Se acercó a él, echando una ojeada sobre su hombro.

La vista de la cantidad hizo aumentar su sudor; pero, recordando lo que acababa decir de boca del gerente del Palace, sonrió, diciéndose interiormente que era el más grande de los idiotas al no alegrarse de una operación tan sustanciosa.

—Doce millones, trescientos cuarenta y ocho mil francos, «monsieur» —cantó su ayudante.

—Voy a extender un cheque —dijo la mujer.

Y sacando su talonario, escribió con letra clara la cantidad que, para mayor seguridad, le repitió Claude lentamente. Una vez extendido y firmado el talón, Gloria se lo tendió y el joyero, mientras su corazón latía con fuerza, leyó y relejó la mágica cifra.

—¿Se lo enviamos al Palace, «Madame»?

—No. Voy a llevármelo yo misma.

—Pero... la seguridad.

Ella sonrió, divertida.

—No se preocupe. No es la primera vez que llevo algo tan valioso conmigo.

Como usted lo desee.

Quince minutos después, Gloria salía del establecimiento, con un paquete tan voluminoso que nunca hubiese atraído la atención de ladrón alguno, ya que hubiese sido imposible adivinar lo que contenía.

Una vez en el taxi, ordenó al conductor que arrancara y sólo le dio la dirección cuando el coche estuvo lejos de la puerta de la joyería donde, sudando más que nunca, Claude se deshacía en reverencias.

—Llévame a Malmaison.

El vehículo marchó nuevamente por los Campos Elíseos, atravesando la plaza de la Estrella y continuando su camino hacia Curvebois, donde no penetró, tomando una pista a la izquierda para, siguiendo el curso del Sena, llegar a ese lindo aldeaño de la región parisina.

Una vez en él, Gloria hizo que el coche se detuviese ante la villa que parecía completamente cerrada.

—Espere un momento, por favor.

—Bien, señora.

La mujer bajó del vehículo y penetró en el jardincillo. Luego llamó a la puerta y ésta se abrió sin que el chófer, que estaba empezando a extrañarse de la curiosa conducta de aquella dama elegante, pudiese ver a la persona cuya borrosa silueta apareció durante un instante.

No tuvo que esperar mucho.

La mujer regresó en seguida, volviendo de nuevo al hotel. Se quejó por el camino de que le dolía un poco la cabeza. Al llegar al Palace dio una espléndida propina al chófer y desapareció en el «*hall*» del hotel.

* * *

Ives escuchó atentamente. No estaba muy acostumbrado a hablar en aquel lujoso ambiente, pero se percató de que, cuando lo desconocido golpea, la riqueza y la importancia social de un hombre no son escudos ni corazas demasiado fuertes.

El hombre que estaba ante él demostraba su preocupación y sufrimiento, de los que su rostro era fiel espejo. Grandes ojeras circundaban sus ojos, cuyo brillo parecía apagado. Y las arrugas marcaban un dibujo completo en su frente, en cuya parte superior, junto al nacimiento del escaso cabello que se defendía contra la inexorable calvicie, unas minúsculas gotas brillaban a la luz del salón.

Cuando Fred Ferguson terminó de hablar, lanzó un suspiro profundo, como si deseara hacer patente el esfuerzo que acababa de realizar. Después, con temblorosa mano, encendió un nuevo cigarrillo en su mechero de oro macizo.

Ives aguardó silencioso, procurando ordenar un poco sus ideas que, por desgracia y quizá un poco por la forma deshilvanada en que el otro

las había expuesto, dejaban lagunas importantes entre ellas.

—¿Qué le parece? —inquirió el millonario.

—Muy extraño, señor. Un caso que podría ser verdaderamente raro.

—¿Que podría ser...?

—Sí. De no haber un precedente.

—¿Eh?

—Sí, señor Ferguson: su esposa no ha sido la primera en haber olvidado lo que ha hecho.

—¿Es posible?

—Lo es. Y ambos casos poseen un denominador común: el dinero.

—¿Podrá hacer algo?

Y como Lochamps no dijese nada, continuó:

—Ha de darse cuenta de que, aunque soy rico, esa cantidad es muy importante. Y que he de pagarla. Mi buen nombre, el de mi esposa y el de mis negocios están en tela de juicio. Ya he pedido una transferencia a la National Bank de Londres.

—Comprendo.

—Yo voy a pagar, pero es con la condición de poder devolver las joyas y de que mi dinero me sea devuelto. No me importa quedarme con algunas, si es que así satisfago al joyero, pero... ¡toda esa cantidad! ¡No puedo comprender cómo Gloria ha podido hacer eso!

—No es ella la culpable, señor. Y aún debe usted dar gracias a que no se exigiese más de ella.

—¿Qué quiere usted decir?

—En el otro caso —y miró fijamente al millonario— se robó... y se asesinó.

—¿Insinúa usted que mi esposa pudo hacer algo semejante?

—Todo lo que le ordenasen, señor.

—¿Ordenar? No comprendo.

—Estamos estudiando el caso precedente, señor Ferguson. La profesora Surclas, del Instituto Psicológico de París, se ha encargado del examen del culpable. Se le ha sometido a toda clase de pruebas, muchas de ellas que ni siquiera comprendo. Y la profesora ha llegado a una conclusión: ese hombre mató y robó porque se lo ordenaron; es decir, porque le hipnotizaron.

—¿También cree usted en esas paparruchas?

La mirada de Ives tomó tonos acerados.

—¿Se explica usted de otra manera lo que ha hecho su esposa?

Fred se estremeció.

—¡Pero es absurdo! —sonrió, aunque no logró más que una mueca vacía de sentido—. ¿Cómo puedo imaginarme a Gloria dejándose someter a una de esas estupideces? Es una mujer culta, inteligente.

—La señora Fergurson no se prestó a nada.

—¿Entonces?

—Fue, como el otro, hipnotizada a distancia.

—¿Eh? ¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Perfectamente, señor Fergurson. Y no soy yo quien lo digo, sino la profesora Surclas. Ella afirma que es la única explicación posible, ya que en el caso de ese hombre no hubo presencia extraña, como pudo ocurrir en el de su esposa: el culpable no se movió de la casa y no recibió a nadie. Estaba normal al levantarse y se convirtió en un ladrón y en un asesino momentos más tarde.

—¡Pero eso es espantoso!

—Mucho más de lo que imagina. Porque, por desgracia, el verdadero culpable no ha dejado constancia alguna de su acción. Todas sus órdenes, el tono de su voz y lo que sus víctimas podrían saber de él ha sido borrado de la memoria.

—Eso quiere decir que no podrán cogerlo jamás.

—No debemos hablar así, amigo mío. Estamos empezando y es demasiado pronto para poder decir nada seguro. De todos modos, el problema es complejísimo. El interrogatorio del chófer que condujo al hombre y del que llevó a su esposa, primero a la joyería y luego a Malmaison, no nos ha conducido a nada. En el primer caso, el auto fue despedido en un lugar que no se prestaba a recordar nada; en el segundo, el culpable pudo cometer un error, ya que el chófer del taxi nos ha llevado hasta la villa donde entró su esposa. Pero, fuera del polvo de aquella casa, que estaba abandonada, no hemos encontrado más que dos clases de huellas: las de la señora Fergurson, clarísimas, y otras confusas que nos ha demostrado que el culpable se puso unos chanclos de tela sobre los zapatos, como los que llevan los cirujanos. No es un estúpido, señor.

—De todos modos, no deben dejar de buscarlo.

Ives sonrió.

—¿Cree que no lo haremos?

—Perdone. Ya comprenderá que...

—Sí, lo comprendo; pero, después de todo, deje que le repita que ha tenido, a pesar de lo ocurrido, una gran suerte. Imagínese que hoy

estuviese su esposa acusada de asesinato y que, por la fuerza y hasta que todo esto se aclare, tuviésemos que detenerla.

—¡No diga eso!

—Por fortuna, las cosas para usted no han tomado ese cariz. Y ahora que recuerdo, deseaba pedirle permiso para que la profesora Surclas tuviese una entrevista con la señora Fergurson.

—¿Es una... psiquiatra?

—No, una psicóloga: una persona muy inteligente y que puede ayudarnos. En el caso de ese hombre, no le ha acompañado la suerte, pero eso no quiere decir nada, ya que su esposa podría proporcionarle alguna pista.

—¿Una pista?

—Sí. La doctora Surclas piensa que el culpable puede haber dejado recuerdos en la mente de las personas hipnotizadas, como huellas.

—¿Huellas... en la mente? ¿Cómo es posible?

—Escuche, *«monsieur»*: yo no soy médico ni psicólogo. No soy más que un policía. Todo lo que he dicho no ha sido más que repetir lo que, a su vez, ha dicho la profesora. Ella cree que puede haber huellas; es decir, ideas o imágenes, en las mentes de las dos personas que han sido influidas a distancia por el criminal. No debe temer nada, ya que la doctora se limitará a preguntar a su esposa y medir sus respuestas con ciertos aparatos.

—Puede usted contar con ello, señor.

—Muchas gracias. Diré a la profesora Que tengo su conformidad y será ella misma la que se comunique con su esposa. Nada más y muy agradecido, señor Fergurson.

—Gracias a usted, inspector.

Capítulo



través del «cockpit», la inmensidad del espacio era como un manto de negrura impalpable en el que flotaban los puntos brillantes de los astros.

Y uno de ellos, el más próximo, era la Tierra. Volver, en el más amplio y sentimental sentido de la palabra, producía invariablemente un gozo natural. Y los dos hombres, Michel, el piloto, y Jean, el copiloto, sonreían ahora al ver la poca distancia que les separaba de su planeta de origen.

—¿Doce horas? —inquirió Jean, sin necesidad de agregar una palabra más, completamente seguro de que iba a formular una pregunta en estrecha relación con las ideas de su amigo.

—Un poco menos. Rebajaremos un tercio la velocidad de crucero dentro de un par de horas. —Tengo ganas de estar en casa.

El otro sonrió.

—Lo comprendo. Yo también. Además no debemos olvidar que este viaje es el último del trimestre y que ahora vamos a disfrutar de un mes de vacaciones...

—Perfectamente merecidas.

—Es verdad, pero no irás a decirme que no te gusta tu profesión.

—¡Me encanta! De todos modos, estarás de acuerdo conmigo que ocho viajes es un poco largo y que al final se hace pesado.

—Sí. Yo, en verdad, hubiese preferido estar en la línea de Marte. Venus es un mundo húmedo y desagradable.

—Podíamos pedir el traslado a la línea de Marte.

—¿Crees que nos lo concederían?

—¿Por qué no? Llevamos tres años de viajes regulares y hemos batido todos los récords de velocidad, seguridad y puntualidad. La «France-IV» no ha sufrido jamás el menor retraso ni ha tenido ninguna avería. Ya sabes que los peces gordos de la Compañía están muy contentos con nosotros.

—Ahí está el quid, Jean. Todo el mundo sabe que esta línea es más difícil que la otra. Debido a su situación respecto al sol, Venus es menos accesible, ya que hay que tener mucho cuidado en evitar la atracción solar. Llevar una nave a Marte es, por el contrario, sumamente fácil. No me hago muchas ilusiones de que nos cambien de ruta.

—Pero, de todas maneras, podíamos intentarlo. ¿Qué perdemos con ello?

—Nada, en verdad.

—Ivette se volvería loca de contento. Desde que nos casamos, pensábamos aprovechar las rebajas de que gozan los familiares de los pilotos para que saliera un poco de la Tierra. Ya estaba decidida a pasar unas semanas en Venus cuando tuvo el niño. Y ya sabes lo que dicen los médicos: Venus no es clima bueno para un pequeño de once meses. En cambio, todos recomiendan Marte para los niños. Es un clima seco y sano.

—¿Por qué no aprovechas el permiso para ir con los tuyos a Marte?

—Porque ya sabes que apenas tendría tiempo de ir y volver. Además estoy cansado de viajes espaciales y prefiero llevar a los míos a recorrer un poco la vieja Tierra: es la más interesante de todos los planetas.

—Es verdad. Después de haber estado en los planetas descubiertos, te das cuenta de que la vieja Tierra resulta encantadora. ¡Yo no sé cómo hay gente a quien le encanta salir al espacio por puro placer!

—Pues hay muchos. Y sesenta de ellos los tienes cómodamente instalados detrás de ti.

—Ya lo sé.

Hubo una corta pausa.

—¿Has visto a ese tipo con cara de indio, Michel?

—No, no me he fijado.

—Es muy curioso. Va vestido como nosotros, pero yo me lo imaginaria con un turbante y unos anillos en los lóbulos de las orejas.

—¿No exageras?

—¡Te digo que no! De todos los pasajeros, es el único que no ha hecho amistad con nadie. Ayer, cuando fui a merendar, el sobrecargo me dijo que ese tipo no comía carne y que se alimentaba exclusivamente de leche y frutas.

—¡Así debe de estar de delgado!

—No te rías. Está, en efecto, muy delgado, pero creo que su salud puede compararse con la tuya o la mía. Esos tipos me llamaron siempre la atención. Parece como si poseyesen poderes ocultos.

—¡Paparruchas!

—Lo que quieras, pero yo no me haría amigo de uno de ellos ni por todo el oro del mundo.

Un nuevo silencio se instaló entre ellos.

Más tarde, Jean dijo:

—Bueno. Voy a ir a merendar, ¿o quieres ir tu primero?

—Me es igual: ve tú.

—De acuerdo —se levantó del sillón «orgánico»—. Volveré en seguida. ¿Necesitas algo?

—Tráeme un paquete de cigarrillos y un termo de café. No quiero moverme de aquí hasta no haber reducido la velocidad. Luego iré a cenar.

—¡A sus órdenes, amigo! ¡Esclavo del deber! ¿Cómo quieres que nos cambien de ruta?

—¿Qué quieres decir?

—Que si nos ocurriese algo, si tuviésemos el más pequeño percance, quizá, como castigo, nos enviasen a la línea de Marte. Pero mientras el piloto de «France-IV» sea un tipo como tú, incapaz de consentir la menor anomalía, tenemos para largo de ir y venir a Venus.

—¡Lárgate de una vez! —rió Michel—. ¡Y no te olvides de los cigarrillos!

Jean abandonó la cabina, penetrando, después de cerrar la sólida puerta detrás de él, en la amplia zona del pasaje. Los asientos cómodos y adaptados a los viajes espaciales estaban todos ocupados y muchos viajeros le dirigieron un amable signo de saludo.

Sólo el indio permanecía con los ojos entornados.

El copiloto se sintió molesto al pasar junto a aquel misterioso personaje. Muchas cosas que había visto u oído penetraron en su mente, saliendo de la oscura zona de los recuerdos: espectáculos circenses,

artículos en periódicos y revistas y un par de libros que había leído sobre las extrañas costumbres de los yoguis.

¿Sería aquel indio uno de estos yoguis?

Sonrió, al tiempo que llegaba al extremo posterior de la sala y atravesaba la puerta que conducía a la cocina y al despacho del sobrecargo.

—¡Mi merienda, Marcel! —gritó jovialmente.

El cocinero también sonrió.

—¿Cómo va el viaje, amigo?

—¿Cómo quieres que vaya, atontado? Con dos tipos como Michel y yo, las inseguridades de los viajes por el espacio se reducen a cero.

—A eso lo llamo yo «autobombo».

—Es posible, pero la falsa modestia es el arma de los incapaces. ¿Y esa merienda?

—¡Te la estoy preparando, genio! ¿Quieres mermelada?

—Sí, de la misma de ayer.

—Voy a buscarla entonces allí dentro.

—¿Y el café?

—Puedes servirte. Ahí lo tienes, recién hecho.

—Gracias.

Se alejó el otro y cuando Jean se disponía a servirse un vaso de café, Danielle, la azafata, penetró en la cocina.

—¡Hola, Jean!

Sonriendo, el joven se volvió.

—¡Hola, preciosidad!

—¡Alto, amiguito! ¿O quieres que le diga a Ivette que su maridito se dedica a hacer la corte a cuantas azafatas encuentra en su camino?

—Me es igual —bromeó el copiloto—. Por unos ojos como los tuyos, princesa, me alistaría en las Fuerzas Espaciales, lanzándome fuera del Sistema con la ilusión de recibir un besó al regreso.

Danielle dijo:

—¡Menudo granuja estás hecho!

—Lástima que tenga que serlo teóricamente, como dice Michel.

—¿Qué hace?

—Lo de siempre —se encogió de hombros—: estar pendiente de la nave. Yo creo que está enamorado de «France-IV». Por eso no quiere a nadie más.

—Es un excelente muchacho.

Jean le guiñó un ojo.

—¿Te gusta, eh? ¡Como está solterito! Pero no te hagas ilusiones, pequeña... Para gustar a ese misántropo, tendrías que ponerte un par de toberas y pintarte de color plata, con un nombre de astro-cohete.

—¡Qué exagerado!

—De verdad. Sería la única manera de interesar a Michel. Seguro que se te acercaría y en vez de pedirte un beso, que sería lo normal, te auscultaría para ver si tus reactores iban de acuerdo con las normas de la astronáutica. Y hablando de todo, ¿qué quieres? Marcel se ha ido y me ha entregado el mando.

—¿Sí? Creo que estarías mejor aquí en la cabina. ¡Con lo goloso que eres!

—De acuerdo, princesa. ¿Qué deseas? Habla y serás inmediatamente servida.

—Bien, «Gran Cocinero»: quiero un café para una señora y una pastilla de aspirina para el indio.

—¿En? ¿Ese tipo toma aspirina como cualquier mortal?

—¿Y por qué no?

—¿Es que no es capaz de evitar el dolor sin necesidad de pastillas?

—¡Qué imaginación más calenturienta! Anda, tráeme la pastilla, ya sabes dónde están. Yo iré sirviendo el café.

—¡A la orden!

Se dirigió hacia el rincón donde estaba el armario-farmacia. Y fue en aquel momento, al abrir la puerta marcada con una sencilla cruz roja, cuando experimentó una rara sensación, seguida de un estremecimiento.

Fue como si una mano perturbadora penetrara en su mente, alejando todas sus ideas actuales, dejando su conciencia vacía, presta para que una orden imperiosa se instalase en ella.

Obedeció en medio de una completa inconsciencia de ofuscación.

Su mano, con una seguridad matemática, dejó a un lado el frasco de la aspirina, abriendo otro, a la derecha, cuyo nombre no le decía nada. Las pastillas eran semejantes. Tomó una y cerró la puerta. En aquel momento, toda la anterior normalidad volvió a él, sin que la sombra de un recuerdo pudiera preocuparle.

—¡Aquí tienes la aspirina, preciosa!

—Ya he preparado café. Porque supongo que tú también querrás.

—¡Eres un ángel!

Echando una ojeada a la carta cosmográfica, Michel tomó los datos y consultando después los aparatos, cuyas agujas oscilaban en los cuadrantes, llegó a la conclusión de que faltaba muy poco para proceder al primer frenaje de la nave.

Estaban a unos ochocientos mil kilómetros de la Tierra.

Encendió un cigarrillo, el último que le quedaba, recordando entonces que Jean debía traerle un paquete y un poco de café. Sonrió luego, al pensar en su copiloto, en su manera de ser y en las pocas probabilidades que tenía de pasar a piloto. Y era una pena porque, en el fondo, Jean era un excelente muchacho.

Pero el espacio había demostrado sobradamente —y había infinidad de cadáveres y de restos de naves en el cosmos para atestiguarlo— que los hombres que lo conquistasen debían consagrar su existencia entera a la empresa. Como en otros tiempos remotos, el cosmos era como un océano, donde la menor distracción, el más pequeño error, hacían inevitable una espantosa catástrofe.

Todavía no conocía el hombre —y estaba muy lejos de conocerlos— los secretos del vacío espacial, las trampas imposibles de prever que podían surgir en el momento menos esperado y en el lugar menos idóneo. Por eso era necesario dedicarse en cuerpo y alma a la misión. Y aun así, a veces, no podía evitarse una hecatombe.

¿Por qué tardaba tanto Jean?

El cigarrillo se estaba terminando, y Michel hubiese deseado encender otro, tomando un sorbo del excelente café que preparaba Marcel.

¿Café? ¿Cigarrillos? ¿Jean? ¿Astronave*? ¿Espacio? ¿Qué más?

Todo perdió su significación. Fue algo espantoso, increíble, pero los resultados no dejaron por eso de ser evidentes.

¡Su mente se vació por completo!

Entornando los ojos, luchando contra aquella especie de sopor que le invadía, Michel intentó asirse a los restos que seguían escapando de su conciencia, temiendo algo horrible.

Pero no consiguió nada.

Su mente quedó desierta, aunque aquel vacío no duró más que unos segundos, quizá muchísimo menos.

El tiempo había perdido, como todo lo demás, su verdadera

significación para él.

«No te preocupes, Michel —la voz sonaba potente y dominadora en su cerebro—. Ya sé que eres el mejor piloto del mundo, pero has de obedecerme...».

Fue incapaz de contestar, porque la respuesta se hizo, a su pesar, de una manera automática, en su mente.

«Así es mejor... ¿Para qué disminuir la velocidad? No, amigo mío...; hay que mantener la misma aceleración. No temas, será algo rápido y podrás gozar del maravilloso espectáculo... ¿Cuántas veces has soñado con algo igual? Ahora lo verás».

Hubo una pausa; luego la voz continuó:

«Jean viene hacia aquí. Ya sabes lo que tienes que hacer, Michel. Él no es un hombre como tú..., le conoces muy bien y sabes que no llegará nunca a tu altura... ¿Lo harás?».

Ésta vea sí que contestó.

—Sí, lo haré.

«Bien... Obra con velocidad y con precisión. Luego cierra la puerta. Nadie podrá abrirla desde fuera».

En aquel momento, jovial y simpático como de costumbre, Jean penetró en la cabina.

—¡Aquí tienes tus cigarrillos y tu café, piloto!

—Déjalos allí.

El otro obedeció, volviendo la espalda al piloto.

La mano derecha de éste había entrado en contacto con un pesado giróscopo que tenía a su lado. Luego sus movimientos se realizaron con una fatal precisión: se puso en pie, levantó la mano armada, dejándola caer con toda su fuerza sobre la cabeza de su compañero.

El golpe fue tan tremendo que el cráneo de Jean estalló como una granada demasiado madura.

No pareció impresionar al piloto el horrible espectáculo que ofrecía el cadáver de su amigo. Pasando sobre él, se apoderó del paquete de cigarrillos y encendió uno de ellos.

Luego se dirigió hacia la puerta.

Ésta se cerraba de una manera perfecta desde dentro y su masa hubiese sido capaz de resistir cualquier intento de abrirla desde el otro lado. Una vez que la puerta estuvo herméticamente cerrada, el piloto, con una extraña sonrisa en los labios, volvió a sentarse en su cómodo sillón «orgánico», alargando la mano para apoderarse del micrófono que le pondría, en pocos segundos, en comunicación con la Tierra.

El cadáver de Jean estaba a su lado, pero Michel ni siquiera le dirigió una mirada.

Capítulo IV



EN el gigantesco astropuerto de Orly y en la Torre de escucha. A su alrededor, en la noche, las amplias pistas paralelas y las rampas de lanzamiento. Sobre ella, el girar incesante de las pantallas de radar, los ojos misteriosos de los fotómetros, las cámaras de infrarrojos, los Geiger de parpadeo ininterrumpido.

Y en su interior, dos hombres, ante cien aparatos distintos, todos ellos obedientes al cerebro electrónico que coordinaba cuantos mensajes llegaban a la torre. Un analizador iba seleccionando las llamadas y sólo aquellas que no encuadraban con las fórmulas normales y que eran automáticamente contestadas por la máquina, eran dirigidas al cuadro que los dos hombres estaban dispuestos a atender para tomar las medidas necesarias.

En tal caso, generalmente insólito, una luz roja se encendía, al tiempo que una chicharra llamaba la atención de los dos hombres de la torre.

Y eso ocurrió en aquel momento.

Uno de ellos, después de mirar al otro, se acercó a la tabla de escucha. En la cuadrícula situada en la parte superior derecha, el cerebro automático ya había clasificado los datos de procedencia.

Y el hombre leyó:

«France-IV, 730 000 kilómetros

27 km-segundo. Rumbo 3-08-18.
Piloto Michel Durmond al aparato.
Llamada excepcional».

Después de haber leído lo contenido en la cuadrícula, el hombre pulsó el botón de comunicación.

—¡Aquí, torre de control del astropuerto de Orly! ¡A la escucha! ¡Hable, piloto de «France-IV»!

Transcurrieron unos segundos antes de que la voz de Michel llegase hasta el altavoz de la torre.

—¡Aquí, piloto del «France-IV»! Quiero comunicarles algo interesante: ¡no he realizado frenaje alguno y estoy llegando a los ciento cincuenta mil kilómetros de la Tierra!

El hombre de la tierra palideció, sintiendo un frío en la espalda. Luego pulsó un botón que hizo que su compañero, distraído en sus tareas, corriese hacia él.

—¡Dame inmediatamente los datos del «France. —IV»! Calcula las posibilidades de frenaje o las orbitales, si eso no fuese posible.

El otro corrió hacia el cerebro electrónico, aislando todos los cálculos y dando la preferencia a los datos que llegaban de la astronave en peligro. El poderoso mecanismo electrónico del cerebro tardó menos de ocho segundos en proporcionar los cálculos que le habían sido solicitados.

El altavoz habló, con voz neutra:

—«Posibilidades de frenaje, con riesgo, debido a la masa y a la aceleración, hasta ochenta mil kilómetros. Pero mucho mejor adaptación momentánea a una órbita alrededor de la Tierra, a no menos de quinientos kilómetros de la parte más alta de la atmósfera».

El hombre de la Torre llevó, los datos a su compañero que hacía lo posible por restablecer la comunicación con la nave del espacio.

Cuando lo logró:

—¡Atención, piloto de «France-IV»! ¡Imposible frenar ya! ¡Debe orientar la nave a órbita provisional!

Michel contestó:

—No me han entendido. Hubiese podido frenar antes, pero no lo quiero. Si les he avisado, es porque quiero que los observatorios del mundo observen, con toda comodidad, el choque y la desintegración de una nave contra, la atmósfera terrestre... ¡Les ofrezco un espectáculo único!

Se miraron los dos hombres; después el que estaba junto al emisor, gritó:

—¿No se da usted cuenta de lo que va a hacer? Sesenta pasajeros van en esa nave. ¿Quiere que perezcan?

—Me importa poco. ¡Avisad a los observatorios, imbéciles! ¿No os dais cuenta de lo que os ofrezco?

—¡Corta, por favor! —suplicó el otro.

Su compañero obedeció y ambos volvieron a mirarse con las frentes sudorosas.

—¡Llama al sobrecargo! Es imposible que esa nave se pierda.

Cambiando la longitud de onda, el empleado: de la torre de Orly consiguió, no sin esfuerzo, establecer contacto con la otra emisora de la nave.

Después le explicó detalladamente al sobrecargo lo que ocurría en la cabina de mando, cosa que hubo de ser repetida varias veces, tan insólito parecía todo ello, el sobrecargo realizó una investigación, comunicando que la cabina estaba cerrada y no había medio de entrar en contacto con el piloto o el copiloto.

—¡Es increíble lo que cuentan! —exclamó al final.

—Pues ha sido el propio Michel quien nos lo ha dicho —repuso el de la torre—. ¡Debe haberse vuelto loco!

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Voy a hacer un nuevo intento, comunicándome con el copiloto. Es posible que este haga entrar en razón a Michel.

—¡Haga algo! —la voz del sobrecargo dejaba paso a la angustia horrible que se apoderaba de él.

—Haremos todo lo posible. De momento y como comprenderá no creo aconsejable decir nada a los pasajeros. La situación en la nave podría derivar en hecatombe.

—¡Desde luego! ¡Esperamos noticias!

Más horrorizado que nunca, el empleado consiguió establecer nuevamente contacto con el piloto. Mientras tanto, el cerebro electrónico iba arrojando datos cada vez más pesimistas. Toda acción de frenaje era imposible. E incluso la adopción de una órbita satélite ofrecía ya serias dificultades.

La masa de la nave, acrecentada en cuanto al peso por la aceleración, iba a hacer imposible el cambio de rumbo necesario para adoptar una órbita. Pero además Michel no lo intentaría siquiera.

—¡Atención, copiloto del «France-IV»!

La carcajada que sonó en el altavoz les puso los pelos de punta.

—¿Queréis hablar con el copiloto, estúpidos? Aquí está, a mi lado, con la cabeza partida en dos... ¿Le digo algo?

—¡Por favor, Michel! Todos comprenderán un ramalazo de locura. La Compañía te estará siempre agradecida por salvar la nave... ¡Intenta colocarla en órbita o aléjala de la Tierra: un retraso no tiene importancia!

—¡No habrá retraso! Todo lo contrario: llegaremos una hora antes a la Tierra y a tal velocidad que arderemos, evaporándonos, desintegrándonos... ¿No os hace gracia?

El hombre cortó:

—No hay nada que hacer. Vamos a llamar al jefe del Astropuerto y al director de la Compañía, Nosotros ya lo hemos intentado todo.

Cuando los altos personajes llegaron y supieron lo que ocurría, el pánico se apoderó de ellos. Pero al intentar establecer contacto con la nave, Michel ya no se dignó contestar.

—¡Es espantoso! —exclamó el director de la Compañía—. ¡Es la ruina, el desprestigio, el fin!

Y así ocurrió.

Treinta y dos minutos más tarde, con una exactitud matemática, la «France-IV» entró en colisión con la atmósfera terrestre, convirtiéndose, a los ojos de los observadores astronómicos avisados por la torre, en una especie de llamarada anaranjada que se transformó después en una nube: un montón de átomos que se incorporarían a los del aire, en un infinito viaje alrededor de la Tierra.

* * *

—¿Qué te ha parecido el informe, Dan?

Corrigan separó los ojos de las hojas mecanografiadas, mirando a su jefe. Donald Callowan estaba sentado en su sillón giratorio, recostado en él, y con aquel brillo especial en sus ojos grises, acerados.

—Muy completo.

—Es verdad; pero, por encima de esos detalles, hay algo que me ha llamado la atención.

—¿El qué?

—La extraordinaria perspicacia de ese inspector. ¿Cómo se llama?

—Ives Lochamps.

—Eso es. Ha demostrado ser un policía nato. Fíjate bien en que después de recibir los informes de la doctora en Psicología, asoció inmediatamente lo ocurrido a la astronave con los otros dos casos.

—Eso es, precisamente, lo que me parece más aventurado del informe.

—No lo creas. Ya habrás visto, en el apéndice del Informe, los datos de ese desdichado piloto: normal de pies a cabeza. Son gente cuidadosamente seleccionada y que es muy poco predispuesta a trastornos nerviosos o mentales, por otra parte, Michel era el mejor de todos los astropilotos de las flotas francesas. No, Dan, debe tratarse del mismo asunto.

—¿Hipnotismo a distancia?

—Es posible.

Corrigan sonrió. No puedo evitarlo.

—¿Es posible que la voluntad de un hombre atravesase el espacio y llegue hasta una astronave a ochocientos mil kilómetros de la Tierra?

—La lógica parece decir que no. Y esta respuesta negativa es la más normal. Sin embargo, hasta que no hayamos hablado con esa profesora y algunos técnicos más, no podremos formarnos una idea exacta. ¿Conocemos, acaso, si el culpable de todo esto ha utilizado algún procedimiento para salvar las dificultades de la distancia?

—Es verdad.

—Hay que ser prudentes en los juicios, Dan. Sobre todo en las cosas que ignoramos.

—Perdone, señor.

Callowan sonrió.

—No lo he dicho para herirte. Y dejemos esto. Vamos a salir hoy mismo para París y examinaremos las cosas sobre el terreno. Desde luego, por otra parte, tengo muchas ganas de conocer a ese inspector y a la doctora que tan pronto descubrió los manejos de ese criminal.

—¿Se da usted cuenta de lo difícil que va a ser descubrirlo?

—Claro que me doy cuenta, amigo mío. Es mucho peor que buscar una aguja es un pajar, por primera vez nos encontramos ante un caso en que, paradójicamente, los culpables son inocentes, y el hombre que mueve los hilos de esas desdichadas marionetas está fuera de nuestro alcance, no dejando, naturalmente, huella alguna de su presencia. Pero todo esto no quiere decir que vamos a desanimarnos, ¿verdad?

—No.

—El que una astronave haya sido atacada hace que la Spacial International Police intervenga de lleno en el caso. Además este caso, el de «France-VI»...

—«France-IV» —corrigió el agente.

—Es igual. Este caso de la astronave desintegrada plantea una nueva forma de conducta en el criminal que la ha provocado. Hasta ahora se ha beneficiado directamente de cuánto ha ordenado hacer: dinero en el caso de ese mayordomo y joyas en el caso de la inglesa. ¿Qué beneficio ha sacado de la destrucción de «France-IV»?

Dan dijo:

—No lo sé.

—Ni yo tampoco, pero ya nos muestra otra faceta de ese hombre. Poco a poco, ya lo verás, nos iremos haciendo una «especie» de retrato moral de su persona. Conoceremos sus aficiones, sus deseos, sus propósitos. Ya sé que es muy poco, pero el «retrato» se irá completando hasta que nos permita orientarnos hacia un cierto sector humano. No, Dan, cuando hombres como nosotros y como ese Inspector francés se disponen a dilucidar un caso, sin medir esfuerzos ni sacrificios, es muy poco probable que el culpable escape al peso de la ley. Y éste más que ninguno, ya que abusa de seres indefensos, convirtiéndolos en asesinos y ladrones. ¡Que no espere ningún perdón!

Corrigan no dijo nada.

Pero comprendió el sentido de las palabras de Donald. Y conociéndolo como lo conocía, se alegró de no encontrarse en la piel del culpable, aunque estuviese libre, fuera del alcance de la SIP, y, en apariencia al menos, en una zona de inmunidad completa.

Desde aquel momento, un enemigo de categoría se interponía en su camino.

Y Donald Callowan no era de los que dejaban las cosas sin terminar.

* * *

Se habían reunido en el despacho de la profesora Yolande Surclas, en el interior del Instituto de Investigaciones Psicológicas, que ocupaba un edificio entero en el centro de París.

La doctora había hecho servir el té, en honor de sus huéspedes americanos, no olvidando de poner una taza de café ante el inspector francés, que se lo agradeció, de todo corazón, con una simpática sonrisa.

Una vez bebidos unos sorbos y encendidos los cigarrillos, Donald rompió el fuego:

—¿Qué ha logrado usted saber, doctora?

Yolande dejó su cigarrillo en el cenicero y con una voz sumamente agradable contestó:

—He examinado, señor Callowan, a los dos pacientes que el inspector me ha traído. En ambos casos, la amnesia es completa y no hay ninguna clase de fingimiento que, con nuestros medios actuales, sería completamente imposible.

—Lo comprendo.

—Por otra parte, todo mi interés estribaba en encontrar restos, llamémosles recuerdos, en la mente de esas dos personas. Algo que nos permitiese conocer un poco a la diabólica persona que les había utilizado.

—¿Y bien?

Ella movió la cabeza, graciosamente.

—Nada. Es lamentable —suspiró—, pero no he encontrado la más pequeña huella mnémica.

—Muy bien. También lo suponía, para decir la verdad. Pero, de todos modos, hay algo que quiero que usted nos diga, profesora Surclas.

—Usted dirá.

—Verá usted... Ya comprenderá que no estoy capacitado para entender de esa complicada especialidad a la que usted se dedica. Por eso mismo deseo que me de su opinión sobre lo ocurrido; es decir, empezando por el principio: ¿qué se ha hecho a esas dos personas en cuestión?

—Hipnotizarlos.

—¿A distancia?

—Eso es muy discutible; pero, aunque no fuese a distancia, lo que supondría poderes más que extraordinarios, tenemos la seguridad de que se les ha dado órdenes a distancia.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Qué, sencillamente, quien lo ha hecho es un telépata.

—Comprendido; el culpable es un hombre capaz de enviar órdenes a

distancia, de establecer contacto con una persona que no se encuentre en su presencia. ¿No es así?

—Así es, en efecto.

Hubo una pausa.

Después Donald continuó:

—¿Pueden los telépatas leer el pensamiento?

—Sí, pero dentro de ciertas restricciones.

—Explíquese, por favor.

—Un telépata percibe las ideas de una persona debido, se cree, a que estas ideas, en forma de ondas, salen constantemente de nuestro cerebro. Pero para que el telépata pueda leer el pensamiento es necesario que la persona esté a su lado o, como ha ocurrido ahora, se encuentre influida por un estado de hipnosis que el mismo telépata ha provocado.

—Entendido.

—Hay otra, cosa aún. Solemos dividir los poderes telepáticos en dos clases: los tele-receptivos, o sea, los que reciben, y los tele-emisores, es decir los que son capaces de enviar órdenes a distancia.

—¿Y el nuestro es?

—La dos cosas a la vez: posee las dos facultades.

—¡Menudo pájaro!

Ella sonrió.

—Está visto —dijo Callowan, después de un corto silencio— que vamos a necesitar la colaboración de un buen telépata. ¿Conoce alguno, doctora?

—Algunos, pero ninguno de ellos posee facultades suficientes para enfrentarse con el que nos preocupa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que sería anulado en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y no puede haber alguien más potente?

—Es posible, aunque muy difícil.

—De todos modos. —Insistió el jefe de la SIP—, hará el favor de consultar con los colegas de otros países. Si hay alguien verdaderamente fuerte en esta clase de facultades, necesitamos tenerlo a nuestro lado. Hemos de utilizar las mismas armas que nuestro enemigo. ¿No le parece?

—Es la única posibilidad lógica —repuso ella.

—Eso es todo por hoy. —Y Donald se levantó, siendo imitado por los

otros—. Estaremos en contacto con usted constantemente.

—Estoy a su disposición.

—Muchas gracias.

Momentos después, ya en la calle y mientras se dirigían hacia el coche los tres hombres, Donald se dirigió a su agente:

—¿Qué te ha parecido la doctora, Dan?

Éste sonrió.

—¡Una verdadera preciosidad, jefe! No comprendo cómo una muchacha así pueda preocuparse de cosas tan raras.

—¡No te preguntaba tu opinión sobre su belleza, Corrigan! —Gruñó el otro.

—¡Perdone, señor! —se apresuró a decir el agente, corrido hasta lo inconcebible.

El francés, buena persona, creyó que debía intervenir para disminuir el rubor y la delicada situación de su compañero:

—Es natural, señor Callowan... También me impresionó a mí cuando la vi por vez primera: es realmente muy bonita y atractiva.

Donald se encogió de hombros.

—Ya veo que la cuestión está zanjada democráticamente: por mayoría. De acuerdo, amigos..., ¡es una criatura maravillosa! Pero hay un telépata, con muy malas intenciones, suelto por el mundo. Y hasta que no acabemos con él, no tendremos más remedio que abandonar las consideraciones estéticas más o menos malintencionadas...

Capítulo

V



L rugido fue en aumento hasta que, por último, Donald no tuvo más remedio que despertarse, frunciendo el entrecejo y preguntándose lo que podía ocurrir.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Cuando Dan entró, el jefe de la SIP ya estaba de pie, vistiéndose apresuradamente.

—¿Qué demonios ocurre, Corrigan?

—¡Una manifestación, señor! Hay un centenar de personas enfurecidas que rodean la entrada del hotel. El inspector Lochamps está en el «hall».

Callowan se acercó a la ventana, descorriendo un poco las cortinas.

Dan no había mentido.

Unas cien personas, rugiendo amenazadoramente, y exhibiendo pancartas, se hallaban delante del hotel.

Corrigan, que estaba a su lado, gritó:

—¡Lea esos carteles, señor! ¡Fíjese en aquél! «¡No querernos intromisiones de la Policía Espacial!».

Y aquel otro: «¡Vuelve a América, Callowan!».

Donald dejó caer la cortina, frunciendo el entrecejo.

—¡Caramba! ¡Esto es insólito! ¡No creía que fuese tan importante como para merecer una cosa de éstas!

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Qué hace el inspector Lochamps? ¿Cuál es su plan?

—Dentro de unos minutos lo sabremos.

Así ocurrió, en electo.

Cuando bajaron al «hall», Ives entraba en el hotel, con los ojos brillantes y coléricos. Al ver a los dos hombres de la SIP, se acercó a ellos.

—¡Es inaudito! —exclamó.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Callowan.

—Si las cosas siguen así —contestó Ives—, terminaremos volviéndonos locos.

En vista de que algunos curiosos prestaban una atención demasiado insistente a lo que decían, Donald cogió con familiaridad por el brazo al francés, llevándoselo hacia uno de los gabinetes particulares que el hotel ponía a disposición de sus clientes.

Dan cerró la puerta tras ellos.

Instalados en los confortables sillones de aquella sala, Callowan viendo que el inspector estaba nervioso, dejó que éste encendiese un cigarrillo y lanzara algunas bocanadas de humo antes de explicar lo acontecido.

—En cuanto me comunicaron la existencia de esa estúpida manifestación —empezó a decir—, movilicé a mis hombres y la rodeamos, desgraciadamente un poco tarde para poder impedir que llegase hasta aquí.

»Yo no podía explicarme que hubiese alguien que deseara manifestar algo tan absurdo. Jamás se ha hecho una cosa igual y, por otra parte, nadie sabía oficialmente que usted había llegado a París, puesto que lo ha hecho en guroso incógnito.

»Mis hombres rodearon a los manifestantes, dispuestos a disolverlos; pero, y esto ha ocurrido hace unos instantes, cuando la policía se disponía a disolver la manifestación, los hombres de los carteles los dejaron caer al suelo, y se miraron unos a otros con estupefacción. Al ser detenidos dijeron que no sabían nada de lo que había pasado. Yo he hablado con tres o cuatro y me ha parecido que decían la verdad...

Callowan asintió.

—Esto era de esperar.

—¿Usted cree?

—Sí. Hemos sido demasiado niños para no imaginarlo. Nuestro enemigo ha querido hacernos una demostración de fuerza, enseñándonos un poco lo que es capaz de hacer.

—Entonces —intervino Dan—, ¿todos esos hombres estaban hipnotizados?

—Sí, amigo mío.

Hubo una corta pausa.

—Nuestro enemigo posee facultades mucho más importantes de lo que creíamos al principio. Y la prueba está en lo que ha hecho: una especie de advertencia clara y definida. Porque del mismo modo que ha movilizado un centenar de personas, con el exclusivo fin de organizar una absurda mascarada, hubiera podido ordenarles que quemasen el hotel o que, con tranquilidad, penetrasen en él, subiesen a nuestras habitaciones y nos asesinaran fríamente.

Ni Dan ni Ives dijeron nada, pero la expresión de sus rostros era evidente y demostraba la intranquilidad que acababa de apoderarse de ellos.

Donald sonrió.

—Siempre he dicho que un enemigo fanfarrón se pierde por su deseo de llamar la atención, por su afán de intimidar a sus contrarios. En el fondo, amigos míos, debemos estarle agradecidos de esta demostración pacífica.

—¿Usted cree?

—Sí. Ya acabo de decir lo que hubiese podido hacer, si deseaba terminar con nosotros. Lo que ocurre es que quiere intimidarnos, hacernos pasar miedo; pero ¿cuánto tiempo le durarán esas ganas de bromear? Un día, por hache o por be, se levantará de mal humor y ya no perderá el tiempo movilizando cien personas para una manifestación: las enviará a liquidarnos.

Había fruncido el entrecejo y su mirada brillaba con una intensidad nueva.

—Gracias a esa fanfarronada, podemos hacernos una idea de la clase de enemigo que tenemos enfrente. Y esto nos obliga a tomar toda clase de precauciones. Por el momento, yo voy a regresar a los Estados Unidos.

Dan no dio crédito a sus oídos.

—¿Se va a marchar usted?

—Sí. Haré algunas cosas de importancia que han quedado pendientes allí. Mientras, tú y el inspector seguiréis trabajando en esto.

No tardaré más de un par de semanas. Cuando regrese, os lo comunicaré de una manera secreta.

Una sensación decepcionante se apoderó del agente de la Spacial International Police.

¿Era posible que el arrojado Donald Callowan tuviese miedo?

* * *

Dos días después y cuando Dan se levantaba, dispuesto a ir, como cada día, al despacho del inspector Lochamps, en espera de que sucediese algo, le avisaron de la conserjería del hotel para comunicarle que Ives estaba abajo y quería verle.

Momentos después, el macizo policía francés penetraba en la habitación del agente, estrechando calurosamente su mano.

—¿Hay algo nuevo? —inquirió éste.

—Te traigo una buena noticia, Dan.

Se tuteaban, ya que habían intimado mucho en los últimos días.

—¿De qué se trata?

—La profesora me ha llamado. Dice haber encontrado lo que el señor Callowan necesitaba.

—¿Un telépata?

—Una telépata.

—¿Una mujer?

—Creo, según me ha dicho la doctora, que eso no tiene importancia alguna: es igual un hombre que una mujer.

—¿Dónde ha encontrado ese tesoro?

—En un Instituto de Egipto. Le dieron allí los detalles y esa mujer llegará esta noche a París.

—Habrá que decírselo a Callowan.

—Eso he pensado yo también. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Me fastidia tener que echar mano a esos procedimientos tan antipolicíacos. Es como si fueran ellas: la doctora y la telépata, las que llevarán exclusivamente el asunto.

—Y eso es lo que ocurre en realidad, Ives. Nosotros no somos más que una especie de pescadores que, utilizando un cebo nuevo, esperan

pacientemente que el pez caiga. Y ya sabes qué clase de besugo tenemos que pescar, ¿eh?

—Si pudiese echarle la mano encima.

—Ya lo harás.

—¿Crees que Callowan volverá pronto?

La mirada ele Corrigan se nubló.

—No lo sé, Ives. Pero tengo una confianza ciega en él. Nunca hasta ahora, ha fallado. Lo malo que tiene es que jamás comunica sus ideas y proyectos a los demás.

—Pero no irás a decirme que este caso es como los otros que ha resuelto.

—No. Evidentemente, éste es un asunto de los más peliagudos que se han conocido. Y toda la dificultad estriba en que el culpable está cómodamente oculto detrás de cuantos utiliza. Pero ahora, con esa telépata, es posible que podamos orientarnos mejor.

—¿Cómo crees que obrará esa mujer?

—No lo sé —repuso Dan—. Estoy tan ignorante como tú. Pero creo que los detalles son lo de menos.

La telépata sabrá qué hacer y cómo empezar. Por otro lado, ya lo sabremos, puesto que espero que nos dejen estar al lado de esa extraordinaria mujer.

—¡Ya tengo ganas de verla actuar!

—También yo.

Dan había pedido café e invitó a su amigo a tomarlo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que algo extraordinario estaba empezando a ocurrir.

Lo notó al hacer unas preguntas a su amigo, mientras éste tomaba el café. Ives no contestó, o lo hizo sirviéndose de monosílabos ininteligibles.

Parecía abstraído, absorto, como si se encontrase a mil kilómetros de allí.

Al cabo de unos instantes y sin terminar el café de su taza, el francés se levantó.

—Debo irme, Dan. Adiós.

Corrigan se quedó con la boca abierta.

Estaba seguro de que su amigo saldría con él, marchando juntos al despacho de Ives, donde podrían proseguir las investigaciones secundarias que los dos estaban realizando desde que Callowan partió.

En efecto, pensando que el télépata podía haber trabajado en algún circo, estaban repasando todos los que habían pasado por Francia, e incluso algunos extranjeros. Una por una, repasaban las fichas de los hipnotizadores y de cuantos realizaban labores semejantes.

Era un trabajo en el que no tenían demasiada confianza, pero que tampoco les disgustaba, ya que, por otra parte, no se les ofrecía la perspectiva de hacer algo más directo.

Y ahora, cuando Dan creía que su amigo iba a invitarle a trabajar en aquello, el francés se había levantado, de una manera brusca, inesperada, que no rimaba con su manera de ser, abandonando la habitación del hotel sin darle a Dan ninguna explicación.

Corrigan reaccionó inmediatamente.

Tomó su chaqueta y su gabardina y salió velozmente del cuarto, descendiendo por la escalera y saltando los escalones de cuatro en cuatro.

Llegó justamente al «hall» cuando la maciza silueta de Ives se dejaba ver, efímeramente, en la puerta giratoria del hotel.

Una vez fuera, Dan tuvo que correr hacia un taxi, señalándole el vehículo policial que conducía Lochamps; El coche del francés tomó una de las arterias más importantes de la ciudad, deteniéndose después en la plaza de los Vosgos.

Corrigan lo vio descender del vehículo y atravesar la plaza.

Despidiendo el taxi, el americano siguió al otro, manteniendo una distancia que le permitiese pasar desapercibido a su amigo. Así, caminando aprisa, vio que Ives se detenía ante la casa de un anticuario y que, después de permanecer unos instantes contemplando el heterogéneo contenido del escaparate, penetró en el interior.

Corrigan no sabía qué pensar.

Después de todo, el que el inspector visitase aquella casa no tenía ninguna importancia, ya que Ives había ido, con toda seguridad, para realizar alguna investigación, fuera del asunto que les interesaba.

Pero, de todos modos, la actitud de Ives no le parecía nada normal. Y, desde el principio, cuando se despidió tan bruscamente, Dan experimentaba una extraña sensación de intranquilidad.

El barrio estaba tranquilo y la calle donde se encontraba el agente de la SIP casi desierta. Era un rincón, en el centro de París, lleno de una calma burguesa, como una isla aparte del tráfico de la gran ciudad.

Cruzando la calle, Corrigan se acercó cautelosamente a la tienda. Por desgracia, el fondo del escaparate estaba cubierto por una tela roja

completamente opaca. También la puerta tenía una cortina blanca; pero el agente. —Dan medía más de seis pies y medio—, poniéndose de puntillas, pudo echar una ojeada al interior.

Se puso pálido.

La escena que contempló no era para menos, ya que pudo ver a Lochamps que, con una pistola en la mano, amenazaba a un hombrecillo calvo que, con los ojos dilatados por el terror, había, levantado los brazos y retrocedido hasta chocar con las estanterías de la trastienda.

Sin saber exactamente qué hacer, Corrigan permaneció allí, como clavado en el suelo. El resto de la extraña escena se desarrolló con bastante velocidad.

El policía francés dijo algo y el otro, temblando de miedo, obedeció. Objetos de arte, todos ellos de pequeño tamaño, fueron amontonándose sobre el mostrador; después, a otro gesto de Ives, el hombrecillo cogió una maleta, donde colocó lo que acababa de seleccionar.

Cuando la maleta estuvo cerrada con llave, Ives se adelantó un poco. Y antes de que el anticuarlo pudiese hacer el más pequeño gesto de defensa, le golpeó en la sien con el cañón de la pistola, derribándole como un muñeco inerte.

Dan apenas tuvo tiempo de esconderse en el quicio de la puerta más próxima. Hubiera querido intervenir; pero, en el último momento, creyó que sería mucho más interesante seguir al francés, ya que estaba casi completamente seguro de que Ives se hallaba bajo el poderoso influjo hipnótico del telépata.

Unos minutos después, con muchísima suerte, consiguió un taxi, ordenando al conductor que siguiese al vehículo policíaco.

Atravesaron la ciudad, dirigiéndose hacia el sur, hasta llegar a una zona de bosques, con algunas casitas que se dejaban entrever entre los árboles. El coche de Ives se detuvo y Dan ordenó al chofer que parase, rogándole le esperase en el lugar oculto donde le hizo quedar.

Siguió a pie, viendo que su compañero francés se internaba en el bosque. Comprobó, mientras le imitaba, que su pistola estaba en la sobaquera y que salía con suma facilidad.

Era sencillo seguir a Ives, ya que el policía no se desvió ni una sola vez. Y no era extraño que obrase de aquel modo, ya que, sometido a un estado hipnótico, hasta su manera de andar tenía algo de mecánico.

Pronto vio que Ives se detenía, mirando a izquierda y a derecha, como si estuviese seguro de que iba a encontrar a alguen.

Y no se equivocaba.

Un hombre alto, con un abrigo oscuro, apareció por la derecha, avanzando tranquilamente hacia el inspector.

El corazón de Dan dio un brinco.

¿Sería el misterioso telépata, el hombre que estaba llevando por el camino de la amargura al propio jefe de la SIP?

Debía reprimir su nerviosismo, aquella ansia que le impelía a disparar contra el hombre que ahora estaba junto a Ives. No oyó nada y si hablaron algo, lo hicieron en voz baja. El policía se limitó, de manera visible, a entregar la maleta al desconocido; después, volviéndose, se dirigió al lugar donde había dejado su coche.

Ocultándose y dejándole pasar, Dan prosiguió su camino entre los árboles, dispuesto a no perder de vista al hombre que había recogido la maleta. Pero se sorprendió al ver que el hombre del abrigo estaba inmóvil en su sitio, siguiendo a Ives con la mirada.

Girando alrededor de un grupo de árboles, Corrigan logró colocarse a espaldas del hombre; luego, avanzando, con la pistola en la mano, se colocó detrás de su enemigo y apoyando el cañón de su arma en la espalda del otro, gritó:

—¡Arriba las manos!

Un estremecimiento exagerado sacudió el cuerpo del hombre. Dejó caer la maleta y levantó los brazos, de una manera cómica, al tiempo que gritaba, con vez histérica:

—¿Qué ocurre? ¿Quién es? ¿Qué pasa? ¡No me haga ningún daño, por favor!

—¡Vuélvase!

El hombre obedeció prestamente y Dan se dio cuenta, nada más mirarlo, que había cometido un error al creer que aquel pobre tipo era el telépata.

No había más que verlo.

Delgado, con aspecto de un empleado cualquiera, tenía los ojos desorbitados por el terror.

—¿Quién es usted? —inquirió, sin dejar de apuntarle por eso.

—Me llamo Charles, Charles Alincourt. No sé lo que hago aquí... ¿Quién me ha traído? ¿Dónde estamos?

—¿Y esa maleta? ¿Qué significa?

El hombre siguió la dirección señalada por Dan y sus ojos expresaron una sorpresa que no podía ser fingida.

—¡Esta maleta no es mía, señor! ¡Se lo juro! ¡Es la primera vez que la veo!

—Pues hace un momento la tenía usted en la mano.

—¡Es imposible! Yo no la he visto nunca.

Era evidente que el hombre no mentía.

Y la rabia de Corrigan era más profunda a medida que se daba cuenta de que se había dejado engañar miserablemente, de que había caído en el cepo de una manera estúpida, mucho peor que el propio Ives, que había obrado bajo el influjo hipnótico.

—Está bien —dijo—. Regresaremos a París. Tengo un taxi ahí cerca. Coja la maleta.

El hombre se inclinó y, de repente, sus ojos expresaron un terror indecible. Dan le miró extrañado. El miedo del hombre era tan intenso, que sus manos temblaban y su garganta, paralizada, era incapaz de emitir el menor sonido.

Finalmente, como una explosión que rompiese el silencio gritó:

—¡Cuidado!

Su índice de la mano derecha señaló algo a la espalda de Corrigan y éste, desconfiando aún, intentó volverse lentamente.

Pero no llegó a tiempo.

Algo chocó con gran violencia sobre su cabeza.

Luces extrañas flotaron delante de sus ojos. Pero antes de perder el conocimiento y cuando caía al suelo, tuvo la sensación de oír el disparo de un arma de fuego.

¿La suya?

Capítulo VI



Al abrir los ojos, al mismo tiempo que la luz entraba en ellos, una imagen hizo sonreír a Corrigan. Porque era indudable que aquello no podía ser más que un sueño, una quimera...

Al fondo, una ventana. Y delante, con una aureola a su alrededor, la imagen de la mujer más bonita que conocía:

La profesora Surclas.

Pero la aparición, eso era por lo menos lo que Dan creía, se acercó un poco más y, con una voz acariciadora, dijo:

—¿Se encuentra usted mejor, «monsieur»?

Tuvo que rendirse a la evidencia y olvidar todas sus ilusiones de sueños encantados. Allí estaba, en carne y hueso, la doctora Surclas.

—Me encuentro perfectamente bien —repuso—. ¿Cómo he llegado aquí?

—Le encontraron sin conocimiento en un bosque, al sur de París. Había recibido un fuerte golpe en la cabeza que, por fortuna, no tuvo mayor importancia.

—Ahora recuerdo... —Su entrecejo se frunció—. ¿Y el inspector Lochamps?

—Está bien. Ha venido a verle estos dos días. También ha llegado el señor Callowan.

Fue como la inyección del mejor estimulante.

—¿Callowan aquí?

—Sí. Hemos instalado una especie de Cuartel General en el Instituto —sonrió—. Tenemos a una de las mejores telépatas del mundo: la señorita Silvana Bellecourt.

—¿Ha conseguido algo?

—Está empezando a orientarse. Y esperamos mucho de ella... Bueno, creo que puedo decir al señor Callowan que suba a verle. Me dijo que le avisase en cuanto estuviese usted en condiciones de recibir visitas. Yo le he observado estos días y no tiene usted nada grave: una fuerte equimosis en el cuero cabelludo y el resultado del *shock* que, como ve, ya ha pasado.

—Ha sido usted muy amable al ocuparse de mí, señorita. Sobre todo, con la cantidad de trabajo que tiene.

—Han sido órdenes del señor Callowan, amigo mío. Quiso que fuese yo quien le cuidase.

—¡El señor Callowan es un ángel! —exclamó él, con la mirada brillante.

Rieron ambos y la muchacha abandonó la estancia, después de decirle que iba a llamar a su jefe.

En efecto, momentos después, Donald penetraba en la estancia, con su eterna sonrisa. Y sentándose junto al lecho inquirió:

—¿Cómo va esta víctima del deber?

Dan dijo:

—Bien, señor. No creía que regresase tan pronto.

Estaba mirando a su jefe y notaba algo raro; finalmente, después de que Donald le hubo dicho que su regreso no podía retardarse más, el joven agente se atrevió a preguntar:

—¿Qué le ha pasado en el pelo, señor? ¿Se lo ha dejado crecer?

Donald se ruborizó un poco.

—No he tenido tiempo de ir al peluquero —sonrió—; aunque, en realidad, creo que a ti puedo decirte la verdad: me he molestado en pasar unas horas con el peluquero del servicio, en Washington, que me ha demostrado haber encontrado un procedimiento para quitar las canas.

Dan enarcó las cejas.

Aquella era la primera vez que veía, a su jefe desde otro punto de vista, completamente distinto al que ofreció siempre: el de un hombre dedicado a sus tareas, con una exclusividad completa.

Y no pudo evitar un extraño pensamiento, al volver a ver la linda imagen de la doctora que, segundos antes, había contemplado al despertar. Era completamente estúpido olvidar que Callowan era un hombre como todos los demás. Y que, si hasta entonces había logrado escapar al atractivo femenino, no quería decir que escapase siempre.

La imagen de su jefe se había modificado un poco, en efecto. Y la densa cabellera que ahora mostraba le daba un empaque señorial y sumamente atractivo.

Donald no le dejó pensar más.

—He venido para que me expliques lo ocurrido y no para que te pases el tiempo mirándome como a un bicho raro. ¿Tan extraño te parezco? ¿O es que no tengo derecho a ocuparme un poco de mi persona?

Ahora, fue Corrigan quien enrojeció.

Pero no dijo nada y después de una corta pausa, dándose cuenta de que había olvidado lo verdaderamente importante, dijo:

—El telépata se apoderó del cerebro de Ives, señor.

—¿Eh?

Hubo un asombro sincero en la exclamación de Callowan. Y el agente le explicó, con toda clase de detalles, lo ocurrido.

—Eso es algo nuevo para nosotros —dijo Donald—. Es evidente que ese tipo se considera completamente fuera de nuestro alcance y no hace más que demostrar su desprecio hacia nosotros; pero, en verdad, no esperaba que llegase tan lejos.

Dan preguntó:

—¿Ha visto usted al inspector?

—Sí.

—¿Le ha dicho algo?

—Nada. Ha debido olvidarlo todo y se muestra tan normal como siempre. Dijo que estaba haciendo investigaciones para descubrir a la persona que te atacó y mató al otro.

—¿Mataron a alguien?

—Sí. A tu lado encontraron el cadáver de un hombre, un empleado de comercio. Le destrozaron la cabeza de un tiro.

Corrigan entornó los ojos.

—Ahora me parece recordar que, cuando recibí el golpe, oí al mismo tiempo una detonación. No fue una ilusión, como he llegado a creer. Yo estaba plenamente convencido que aquel hombre era el telépata; pero,

en cuanto habló una palabra, en cuanto demostró no saber nada, puesto que yo debí despertarle de su sueño hipnótico al amenazarle con mi pistola, me percaté de que me había equivocado. ¡Pobre hombre!

—Eso fue lo que debió de ocurrir. El asesino utilizó a Ives para reírse de nosotros, aprovechándole al mismo tiempo para el robo de las antigüedades; luego, desconfiando de la situación, además de enviar a ese pobre tipo a recoger la maleta, se ocultó, en espera de que sucediera algo. No confiaba y su presencia en el bosque nos demuestra que debía saber algo y conocer que tú estabas siguiendo al policía. Al ver que despertabas al empleado, se adelantó, golpeándote y matando a ese desdichado que, con toda seguridad, es la única persona; es decir, era, que ha visto los rasgos del hombre que andamos buscando.

—Me apena saber que fui yo, indirectamente, quien provocó su muerte.

—No tuviste ninguna culpa. Tú creías que él era el culpable y tampoco sabías que el telépata andaba escondido por allí.

Dan estaba furioso consigo mismo.

—¿Cuándo le echaremos la mano encima, señor?

Donald tardó unos minutos en contestar; luego:

—Si nos hiciésemos ilusiones, amigo mío, nosotros seríamos los más perjudicados. Hasta ahora, aun en los casos más difíciles, pudimos siempre obrar porque los que estaban frente a nosotros eran hombres, perversos y poderosos, pero hombres como tú y yo. Ahora es distinto. Nos hallamos ante un poder con el que no contábamos: alguien, capaz de influir en la mente de los demás e incluso en la de nosotros mismos, está haciéndonos una guerra en la que, por el momento, él lleva todas las de ganar. ¿Cómo quieres que te diga cuándo acabará todo esto, si yo mismo no lo sé?

—¿Pero no ha encontrado usted algún plan para combatirlo?

—No.

Dan lanzó un suspiro; después, con la mirada brillante, dijo:

—Todo el mundo le conoce, señor Callowan. Usted se ha especializado en esas magníficas trampas en las que, sin poderla remediar, termina cayendo su enemigo.

—Puede que sea verdad, aunque se exagera mucho sobre mí. Yo no soy, después de todo, más que un hombre como los demás. Quizá mi vida, dedicada por entero a la lucha en favor de la Ley, me haya prestado algunas facultades que los demás juzgan extraordinarias; pero ¿qué es todo lo que poseo al lado de la mente prodigiosa de ese

hombre? ¿Qué puedo hacer cuando me acaba de demostrar que es capaz de utilizar a un hombre como Ives, jugando con él como con un muñeco? ¿Qué puedo hacer si, hoy o mañana, puede hacer lo mismo contigo o conmigo?

Corrigan se estremeció.

Había pensado en aquella horrible posibilidad; pero, rechazándola de plano, nunca creyó que un hombre lograra apoderarse de la mente de Donald, Callowan.

Porque, si tal cosa ocurría, todo se vendría abajo ruidosamente.

—¿Y no podemos tomar ciertas medidas?

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Callowan.

—¿Medidas? ¿Cuáles, Dan? ¿Escondernos dentro de una cámara blindada, donde el poder de ese hombre no pueda llegar? No, no hay ninguna medida que adoptar. Quizá, cuando la señorita Bellecourt empiece a obtener ciertos resultados, podremos pasar a la ofensiva; pero, por el momento, amigo mío, no nos queda otro remedio que esperar, rogando que ese canalla no se sienta atraído hacia nosotros y nos utilice en una de sus bromas que, en el peor de los casos, también podría terminar con nuestra vida.

Se puso en pie y arrojando el cigarrillo casi consumido, ordenó:

—Vístete y baja al despacho de la doctora, donde hemos establecido, por el momento, nuestro pequeño cuartel general. Allí está la telépata y podremos saber lo que piensa hacer.

—¡Espere un momento, bajo con usted!

Se vistió en un abrir y cerrar de ojos y unos minutos más tarde penetraban en el amplio despacho de la profesora.

Dan palideció un poco al ver que Ives, adelantándose, le estrechaba vigorosamente la mano.

—¿Cómo te encuentras, valiente?

Dan dijo:

—Ya lo ves, mejor.

—¡Que sea la última vez que realizas una investigación por tu propia cuenta! ¿Por qué no me avisaste?

Corrigan se sentía molesto; pero, dominándose, contestó:

—No volveré a hacerlo, Ives.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

¿Cómo era posible que aquel hombre hubiese olvidado por completo

todo lo ocurrido? Era indudable que nadie le había dicho nada y que lo mejor, por el momento, es que siguiese ignorándolo.

Inmediatamente después de saludar a su amigo, Corrigan se sintió atraído por la mujer que estaba sentada al fondo del despacho, en un cómodo sillón y hacia la que se acercaron.

No podía decirse que no fuese bonita; pero había en su belleza algo exótica, oriental, que contrastaba con la nivea blancura de su piel. Era como si hubiese en ella una mezcla de razas muy distintas.

Era alta, morena, de rasgos armónicos y perfil acusado. Sus ojos, enormes, poseían un brillo extraordinario y las pupilas, por el contrario, parecían inmovilizadas por completo. Era como si aquellas ojos careciesen de vida o se concentrasen, con una intensidad Increíble, en una rica vida interior.

—Éste es mí ayudante, señorita Bellecourt —presentó Donald—. Se llama Dan, Corrigan.

Ella se limitó a saludar con una inclinación de cabeza.

—Encantada de saludarle, señor Corrigan.

Su voz era suave y repleta de entonaciones sumamente agradables.

Dan correspondió al saludo y tomó asiento, a un signo de Donald. Todos los demás se habían sentado igualmente, incluso Yolande Surclas, que sonreía al joven.

Callowan encendió un cigarrillo; luego preguntó, con interés:

—¿Ha conseguido ya algo, señorita Bellecourt?

Ella se volvió hacia él, sonriéndole:

—Por favor, amigo mío. Hemos de dejar todas esas fórmulas demasiado protocolarias. Estamos unidos en una lucha, en un combate difícil, y debemos tratarnos de otro modo. Además, siempre me molestó que me dijese Bellecourt. ¡Llámenme Silvana, por favor!

Donald dijo:

—Está bien. ¿Ha conseguido algo, Silvana?

—Así me gusta, Donald... Sí —añadió, después de una corta pausa—, creo que empiezo a ver claro.

—¿Eh?

—No, no se precipite, amigo mío. El problema, y usted lo sabe tan bien como yo, es sumamente difícil. Se trata, nada menos, que de entrar en comunicación telepática con alguien que posee unos poderes extraordinarios. Normalmente, si esa persona no estuviese a la defensiva, no sería excesivamente difícil conseguirlo.

—¿Ahora lo es?

—Sí. Ese hombre ha colocado una barrera de protección en su mente. Y estoy segura de que no ignora mi presencia aquí.

—¿Puede hacerle daño? —inquirió Ives.

—No. Por fortuna —y miró a todos los demás—, yo soy la única de ustedes que está fuera de su alcance. También usted, Donald, por lo poco que le conozco, parece poseer una voluntad de hierro y sería difícil penetrar en su mente... Es extraño, pero tengo que confesar que es usted, un caso bastante raro.

Callowan sonrió.

—En esta situación —repuso—, me congratulo de serlo.

—Evidentemente. En cuanto a los demás —y su mirada circular los abarcó a todos—, sin excepción, son aptos de ser hipnotizados a distancia.

Corrigan se movió inquieto en su asiento, sin poder despegar su mirada de Ives.

Precisamente, el inspector, sonriendo a su vez preguntó:

—¿Yo también, Silvana?

La expresión de la telépata se ensombreció un tanto.

—Sí, usted también, Ives. Usted es particularmente receptor.

Dan estaba seguro de que ella sabía algo. Su expresión no podía decir otra cosa; por eso, decidido, inquirió:

—¿En qué se funda para afirmar eso, señorita?

Se volvió hacia él.

—Usted lo sabe mejor que yo, Dan... ¿No es verdad?

El enrojeció.

—Tiene usted razón.

—Bien. Pero dejemos todo esto. Yo estoy aquí para defenderles y haré lo imposible porque el telépata no pueda utilizarlos en modo alguno. Ahora es muy distinto.

Hizo una pausa; luego dijo:

—Él está en París.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su fluido. No puedo precisar en qué sitio, pero estoy plenamente convencida de que se encuentra en la ciudad. He intentado, durante casi toda la noche, concentrar mi poder para localizarle de una manera más precisa; pero, desdichadamente, es escurridizo como una anguila, y en cuanto me ha sentido, ha colocado su barrera mental,

alejándose del punto en que se hallaba.

—¡Es apasionante! —exclamó Ives.

—De todas formas, antes les he dicho que había conseguido algo. Y así ha ocurrido, en efecto. Ya que no podía localizarle, por más que hacía, he logrado seguir sus pensamientos y así me he podido dar cuenta de que estaba hipnotizando a una persona a la que se dispone a utilizar hoy.

Lochamps se puso nervioso:

—¿Sabe usted quién es?

—No, pero puedo seguirla por donde se mueva.

—¿Es una mujer?

—Es un hombre. Lo hipnotizó anoche y ahora está en su casa, esperando la orden que puede llegarle de un momento a otro.

—¿Podremos conocer esa orden cuando se formule? —inquirió Callowan.

—Sí.

—Eso va bien —dijo Ives—. Así podremos, por lo menos, interceptar su acción. ¿No les parece magnífico?

Callowan asintió.

—Puede ser una forma de que empiece a temernos. Hasta ahora, por desdicha, nos ha demostrado un desprecio más que olímpico. Pero si empezamos a impedir que haga de las suyas, tendrá que echar mano a otras medidas. Y es posible que ese cambio de conducta le lleve a cometer el error que estamos esperando y que será su pérdida.

—El señor Callowan tiene razón —dijo Silvana—. Hay que demostrarle que no puede obrar a su antojo. Aunque es muy listo y podría echar nuestros planes por tierra.

—¿De qué manera?

—Si supiese que yo intervengo en sus mandatos telepáticos. En ese caso, sería muy capaz de engañarnos y hacernos seguir una pista falsa.

—¿No puede evitar que se aperciba del papel que usted juega en esto?

—Haré cuanto pueda por evitarlo —repuso la joven—. Ya les he dicho antes que si ese hombre no fuese tan extraordinario, esta misma noche estaría en la cárcel. He de confesar que yo soy sensiblemente inferior, pero eso no me arredra.

»Desde que Yolanda me contó lo ocurrido, no pude evitar una intensa sensación de odio hacia ese monstruo. Yo le hubiese llegado a

perdonar su afán de lucro, su ambición desmedida por las riquezas. Pero lo que no podría perdonarle jamás es causar la muerte de personas que, inconscientemente, trabajan para él con la sumisión de verdaderos esclavos. Esos instintos criminales me lo hacen odioso.

—Le prometemos dejarla asistir a su ejecución —dijo Dan—. ¿No es verdad, señor Callowan?

—Se lo prometemos —asintió éste—. Le doy mi palabra de honor.

—Muchas gracias...

De repente, sus ojos se cerraron a medias y después de un silencio que pareció interminable a los otros, exclamó:

—¡Acaba de dar órdenes a ese hombre! ¡Se dirige hacia el centro de la ciudad! Va a la sucursal del Banco Nacional, donde trabaja como cajero... Tiene la orden de llevarse una docena de lingotes de oro que llegaron anoche y que sacará en su cartera, a mediodía, para entregar al telépata.

—¡En marcha! —rugió Ives, con un entusiasmo salvaje.

Capítulo

VII



El inspector Lochamps demostró, en pocos minutos, mientras con sus amigos corría en su coche policial, su tremenda capacidad de trabajo.

Sirviéndose de la radio, movilizó medio centenar de agentes, encargándoles la vigilancia de todo el sector situado en los alrededores del Banco. Al mismo tiempo, utilizando la radioteléfono, estableció comunicación con el director del Banco, enterándose así que el cajero tenía un permiso especial, aquella mañana, que le permitía reintegrarse al trabajo a las once. Un familiar suyo había fallecido y el hombre dijo que debía asistir al entierro.

Todo coincidía.

Tenía dos horas por delante, antes de que el Banco, que cerraba a las doce, dejase salir a sus empleados. Y estaban dispuestos a interceptar al cajero, fuese como fuese, echando por tierra el robo audaz que el telépata había planeado.

Mientras Callowan y Dan se quedaban en un bar vecino al Banco, Ives siguió con el coche, revisando el cinturón de vigilancia establecido. Se había procurado, en el Banco, donde estuvo unos minutos antes de las once, una fotografía del cajero que, enviada a la Central de policía, fue radiada a todos los coches, cuyos aparatos la captaron y revelaron instantáneamente.

A las once menos tres, Ives recibió una llamada, comunicándole que un hombre, cuyas señas correspondían a las de la foto, se acercaba al Banco, portador de una voluminosa cartera de piel negra.

Con sus amigos, que ya se habían reintegrado al coche, Ives se dirigió hacia el lugar señalado, no tardando en ver por la acera al cajero en cuestión. Tres agentes de paisano lo seguían a una prudencial distancia.

Todo iba sobre ruedas.

Cuando el hombrecillo penetró en el Banco, el dispositivo de seguridad sufrió algunos cambios, instalándose patrullas en coche y grupos de policías a pie que esperarían las dos horas, cada uno con la misión de seguir al cajero y de detener a quien se acercase a él para apoderarse de la cartera.

—No puede escapar —dijo Ives a sus amigos.

Dan sonrió.

—¡Eres un policía de primera! —exclamó, golpeando amistosamente el hombro del otro.

—Se hace lo que se puede.

—Hay que ordenar que no le detengan —dijo Donald—. Nos conviene que nos lleve hasta donde le espera el telépat. Y no cometeremos ningún error. Con todas las fuerzas de que disponemos, rodearemos la zona a la que se dirija, haciendo imposible que el culpable huya.

—He pensado en todo —dijo Ives—. Un helicóptero se pondrá en marcha en cuanto se lo ordenemos, para el caso en que el cajero tenga un coche.

—¿Y si el telépat lo ve? —inquirió Corrigan—. ¿No va a ser contraproducente?

—No —repuso Lochamps—. El helicóptero arrojará papeles de propaganda y no señalará una ruta directa. Incluso el telépat no se dará cuenta de que se trata de un aparato de vigilancia.

—¿Y si analiza el pensamiento del piloto?

Ives miró a Callowan, que fue quien formuló aquella pregunta.

Un pesado silencio se estableció entre ellos.

Finalmente, Donald, sonriendo, repuso:

—Es igual. Si no nos arriesgamos, no lograremos nada. Envié el helicóptero, amigo mío.

Y así quedó convenido.

Durante aquellas dos interminables horas, los tres hombres permanecieron en el coche, sin apenas decirse nada. La tensión nerviosa iba creciendo en ellos a medida que se acercaba la hora «H».

Hasta que llegó.

Desde el lugar donde estaba el vehículo, vieron salir a los empleados.

Cien pares de ojos estaban pendientes de aquella escena.

El cajero salió de los últimos. Llevaba la cartera, cuyo volumen había aumentado considerablemente y que arrastraba con visible esfuerzo. Cubriendo penosamente la distancia que le separaba de la esquina, el hombrecillo llamó a un taxi subiendo la cartera y dándole una orden al chófer, que partió con presteza.

Inmediatamente, la formidable máquina policíaca se puso en marcha.

Ives llamó al astropuerto y un helicóptero apareció poco después en el cielo, dejando caer, de tiempo en tiempo, nubes de octavillas multicolores.

Seguido por los coches policiales, muchos de ellos sin insignia alguna que les diferenciase de los particulares, el taxi que había alquilado el cajero, dejó el casco de la ciudad, saliendo por la Puerta de San Denis, atravesando aquel populoso barrio y siguiendo hacia el norte.

Se detuvo, junto a una pequeña localidad, doce kilómetros más arriba. Una sencilla aglomeración de construcciones modernas, en medio de terrenos llanos y algunos bosques, formaba un teatro excepcional de belleza natural combinada con la obra del hombre.

El coche se detuvo a la salida de la minúscula población, no lejos de un bosque. El cajero descendió del vehículo, pagó el importe, quedando parado unos instantes, como, indeciso. Luego se dirigió hacia el bosquecillo.

Las fuerzas de la policía se habían desplegado, ocupando una amplia extensión de terreno. Era completamente imposible que el hombre que esperaba al cajero pudiese escapar, si estaba allí.

Pero el hombre se detuvo en el lindero del bosque, sentándose sobre una piedra.

¿Esperaba?

Eso creyeron todos y una larga hora pasó hasta que, de repente, ocurrió lo imprevisto. El cajero se puso en pie, mirando a su alrededor como si fuese la primera vez que utilizaba sus ojos. Luego, sin

comprender, volvió a la carretera.

En el vehículo, escondido un poco más allá, Callowan apretó los dientes.

—¡Ha llegado el momento de actuar! ¡Ese hombre se ha despertado!

Avanzaron, rodeando al hombrecillo que les miró con los ojos llenos de espanto.

—¿Qué... qué... ocurre...? —inquirió con voz temblorosa.

Ives, incapaz de resistir un segundo más, se apoderó brutalmente de la cartera—, arrancándosela de la mano. Después de abrirla, mostró el contenido al hombrecillo.

—¿No sabe lo que es esto?

El cajero miró las doradas barras que había en el interior de la cartera. Y sin poder, evitar la exclamación, ni separar los ojos de los lingotes exclamó;

—¡Dios santo! ¡La reserva en oro que recibimos ayer! ¿Cómo está aquí?

Hubo un silencio.

Si los hombres que le rodeaban no hubieran conocido la verdad, aquel hombre Íes hubiese parecido el más cínico del mundo. Pero él no sabía nada. Y comprendiendo, o queriendo comprender lo que de él se sospechaba, rompió en sollozos:

—¡No! ¡Yo no soy un ladrón! ¡Llevo quince años en el Banco y jamás he tocado un solo céntimo!!

Donald le sonrió con benevolencia.

—Ya sabemos que usted no es culpable. Serénese, por favor.

El hombre agradeció con una mirada sumisa las palabras de Callowan.

Éste, volviéndose a Ives, ordenó:

—Hay que llevarlo al Instituto. La profesora Surclas le echará una ojeada. ¿Quién sabe...? Nosotros volveremos al Banco para entregarles esto.

Y señaló la cartera.

Subieron al coche, después de confiar el hombrecillo a uno de los vehículos de patrulla.

Y mientras regresaban, Dan expuso:

—Debe de haberse dado cuenta de que le cercábamos. Quizás el helicóptero le haya prevenido.

—Es posible —repuso Donald—, pero yo no me hacía ninguna

ilusión de lograr capturarlo. Es demasiado astuto.

—Lo que no me dejará de maravillarme nunca —intervino Ives— es la manera de despertar de esa gente. Su asombro al darse cuenta de dónde se hallan no puede ser más sincero.

—Es evidente —repuso Callowan—. A la salida de un sueño hipnótico, se encuentra uno igual que en un despertar brusco, después de una pesadilla, sin saber dónde se está ni cómo se ha llegado allí.

Pronto llegaron al Banco, donde habían rogado al director que les esperase allí, sin explicar nada concreto. Además de él, había un grupo de accionistas y el gerente general de sucursales.

Callowan, después de presentarse, explicó parte del asunto e hizo entrega del oro.

—Les estamos muy agradecidos —repuso el director—. Justamente, esta reserva no nos pertenece; nos había sido confiada por unos cuantos días. Hubiese sido espantoso no poder devolverlo...

—Nos alegramos que no haya ocurrido nada grave.

Y fue justamente en aquel momento cuando el gerente, que se había hecho cargo del oro, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Esto no es oro!

Se volvieron hacia él, mirándole como si acabase de perder la razón. Sobre todo el director que, con voz temblona, preguntó:

—¿Qué dice usted, «monsieur»?

—Que esto no es oro. Son lingotes a los que se ha dado una sencilla capa de purpurina. Es indudable que están muy bien imitados... pero usted mismo puede convencerse, señor director.

El hombre miró la zona que el otro había raspado, rindiéndose a la evidencia. Su frente se perló de sudor.

—Es verdad... no es oro.

Pus una ducha helada para los policías. Donald, especialmente, cerró los puños, sintiendo, por primera vez, que se había dejado engañar como los otros.

«Como un principiante, se dijo amargamente».

Prometieron a los del Banco ocuparse inmediatamente del asunto; pero, al estar de nuevo en el coche, mirándose tristemente, sin necesidad de decirse nada, llegaron a la conclusión de que acababan de ser víctimas de la burla de aquel hombre que, de manera indiscutible, se había propuesto reírse de ellos en toda ocasión.

Ives condujo el coche como un loco, hasta frenar delante de la puerta del Instituto de investigaciones Psicológicas. Y cuando estuvieron

en el despacho, donde Yolande y Silvana les esperaban, notaron, por la expresión descompuesta de la télépata, que ésta ya estaba enterada de su fracaso.

—Ha sido espantoso —dijo ella—, pero yo misma caí como una estúpida en la trampa —hizo una pausa—. ... Y sí fuese eso sólo lo que tuviese que decirles.

Donald la miró, con intensidad.

—¿Hay algo nuevo, Silvana?

—Sí...

—¿De qué se trata?

—Se ha ido.

—¿El?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Se ha complacido en comunicármelo... directamente. Ha dejado caer la barrera defensiva y me ha contado, riéndose a carcajadas, lo que había hecho con ustedes. El cajero robó esta mañana el oro, regresando después de habérselo entregado a él, para montar esa absurda comedia contra nosotros. Me dijo que había preparado los falsos lingotes para divertirse un poco...

—¡Canalla! —rugió Ives, sin poderse contener.

—¿Y lo otro? —insistió Callowan.

—Se ha ido. Ya no está aquí... se ha ido muy lejos.

—¿Dónde?

—Verá usted, Donald —la voz de la joven estaba cargada de tristeza—. Hoy salía, del astropuerto de Orly, una nave para Venus. En ella iban, además de los pasajeros corrientes, los pagadores de la Compañía Francesa de Uranios Venusianos... Llevan quince millones de francos, en monedas de oro, para el pago de obreros y técnicos. Y él viaja, en esa astronave. Me dijo, con un cinismo horrible, que se lleva todo lo que ha conseguido y me rogó que me despidiese de ustedes... de usted preferentemente, Donald, diciéndome que le aconsejase se diera por vencido.

Callowan se mordió los labios.

—Comprendo.

—Me dijo también, con toda claridad, que se apoderaría del dinero de la Compañía. Y que no nos molestásemos en establecer contacto con la astronave, la «France-III». «Todos sus hombres estarán a mis órdenes

desde el momento en que salgamos de la Tierra», terminó diciendo.

—¡Perro! —exclamó Dan—. No vamos a escucharle, ¿verdad señor? ¡Iremos detrás de él, aunque sea hasta el mismísimo infierno! Tengo ganas de tenerle ante mí... Juro que no le mataré, pero que le daré la paliza más grande que haya recibido en su vida... ¡y de nada le servirán entonces sus poderes telepáticos!

Hubo una larga y emocionante pausa, durante la que todos estuvieron pendientes de los menores gestos del jefe de la Spacial International Police.

¡Éste, cuya expresión se había cerrado, dando a su rostro un aspecto de completa impasibilidad, dijo, con voz dura!

—¡Iremos detrás de él!

* * *

El instituto de Investigaciones Psicológicas poseía, enmarcado por los cuatro bloques de edificios que lo rodeaban y constituían, un frondoso jardín donde, desde hacía pocos días, se reunían Dan Corrigan y la profesora Surclas.

Lo hacían en los momentos, pocos, que la actividad de la telépata o las reuniones con Callowan y Lochamps se lo permitía.

Aquella mañana, cuando salieron del edificio, le hicieron con más tranquilidad que nunca, ya que sabían que su enemigo estaba ya lejos de la Tierra, y Silvana les había garantizado que no era capaz, desde aquella distancia, de hacer sentir sus poderes.

—Eso es lo que no me explico, Yolande —dijo él, cuando penetraron por uno de los frondosos paseos—. ¡Bien actuó sobre el piloto de la desdichada «France-IV»!

—Antes de que llegase Silvana —repuso ella, con un mohín—, yo creía saber muchas cosas sobre telepatía. En realidad, había leído todo lo publicado y tenido la ocasión de ver a algunos que poseían esa facultad. Pero, después de lo que ha ocurrido, tengo que confesar lealmente que no sabía nada de nada.

»Las experiencias y estudios que he hecho hasta ahora eran ridículos, comparados con los poderes de ese criminal y los de la misma Silvana. Si me hubiesen hablado antes de eso, no lo hubiera creído...

—¡Pues imagínese lo que yo habría dicho! No sé cómo mi jefe ha tenido el valor de hacer frente a este problema. Y ahora quiera salir para Venus.

—Es natural.

—Ya lo sé. Yo mismo deseo cazar a ese tipo y darle lo que merece; pero, pensándolo con frialdad, ¿qué probabilidades tenemos? Es como si nos dispusiésemos a penetrar en un túnel completamente oscuro, sin luz alguna para guiarse. Dentro hay un hombre que ve en la oscuridad igual que nosotros en pleno día. Él solo, con un buen palo, nos irá destrozando antes de que sepamos lo que pasa a nuestro alrededor.

—Sí, es algo así. Pero Silvana puede servir de ojos en esa oscuridad.

—¡Gracias a ella no caminaremos todo el tiempo a tientas!

—Sí, nos ayudará muchísimo.

Él se detuvo, mirándola con asombro.

—¿Cómo? ¿Qué ha querido usted decir?

—Que nos ayudará muchísimo.

—¿Es que va a cometer la locura de acompañarnos?

—¡Naturalmente! He pedido permiso a mis superiores... y hasta creo que hubiese ido sin él.

—¡Pero, Yolande! —Había un tono patético y sincero en la voz del joven—. ¿No se da cuenta de los tremendos peligros que va a correr? Por favor, quédese.

—No puedo, Dan. Ya sé que Silvana será muchísimo más útil que yo en la empresa, pero también, en cierto modo, me necesitan a mí. Yo puedo evitar cosas que Silvana ignora, choques nerviosos y psíquicos que podrían tener resultados desastrosos para ustedes.

—Preferiría que se quedase aquí.

Ella sonrió.

—Ya lo sé, amigo mío. Y le agradezco sus buenos deseos: pero es imposible.

Caminaron en silencio unos minutos.

Después, ella preguntó:

—¿Cuándo saldremos, Dan?

—Mañana.

—¿No nos llevará demasiada ventaja?

—Sí, pero el jefe la recuperará en seguida. Una astronave americana, de las más rápidas y con personal de primera clase, vendrá a buscarnos mañana. Callowan ha dicho que llegaremos casi al mismo tiempo que la

«France-III».

—Comprendo.

—También cree Donald que no irán a ninguno de los astropuertos oficiales, ya que se han enviado mensajes radiados a las autoridades de Venusville.

—No será tan tonto como para meterse voluntariamente en la boca del lobo.

—Seguro. Cuando va a Venus es que tiene algún lugar a donde dirigirse; pero, no importa: le seguiremos.

—¿Y si actúa sobre nuestro piloto? Recuerde lo otro.

—También lo recuerda Callowan. Y sé que no se expondrá a que nos ocurra lo que a la «France-IV».

—¿Cómo podrá evitarlo?

—No lo sé. Llevo muchísimo tiempo trabajando en la Spacial International Police y conozco bien a Callowan: jamás confía a nadie sus planes, cuando trabaja en algún caso. Le gusta guardar sus propias ideas para sí mismo.

—Sí, ya he notado que es muy reservado.

—Yo he notado otra cosa.

—¿El qué?

—Que está más furioso que nunca. La burla que le hicieron con los lingotes falsos le puso frenético. Estaba convencido, como todos nosotros, de que, al menos, había recuperado el oro. ¡Si casi se enfadó con la télépata!

—¿Es posible?

—Sí. Le dijo que debía haber avisado cuando el canalla ese le comunicó la burla. Silvana se defendió, contestando que era ya demasiado tarde cuando lo supo. Y Donald tuvo que pedirle perdón. Pero estaba como nunca.

—Es natural...

Hubo una larga pausa, a medida que se adentraban en el centro del jardín. De repente, él habló.

—Yolande...

—¿Qué, Dan?

La voz del joven estaba turbada por la emoción.

—Yo... —empezó a decir— hubiese querido que usted se quedase aquí. Estaba convencido de que lo haría. Porque, en el fondo, deseaba saberla a salvo de los poderes de ese criminal. Aunque, por otro lado...

—Aunque, por otro lado —repitió Dan, completando después la frase —, me alegra el que esté a mi lado.

Ella levantó los ojos, clavando su mirada profunda en los de él.

—Yo también estoy contenta de que sigamos juntos.

El beso selló algo que para ellos no era, ni muchísimo menos, una sorpresa.

Capítulo

VIII



L «Star» atravesó la atmósfera de la Tierra a una velocidad aproximada de doce kilómetros por segundo.

Después puso proa a Venus.

En el interior de la cabina salón, se encontraban todos reunidos, sentados en cómodos sillones y ante una mesita donde Yolande acababa de servir el té, excepto una taza de café para Ives.

—Con la aceleración que conseguiremos ahora —explicaba Donald, que fumaba un cigarrillo—, conseguiremos disminuir la distancia que nos separa de la otra nave. Si todo va bien, llegaremos a Venus casi al mismo tiempo que ellos. Y aunque lo hiciésemos después, una red de aparatos está pendiente para orientarnos en cuanto lleguemos hacia el lugar donde se dirija la «France-III».

—¿Cuántas viajan en ella?

—Cincuenta y cinco personas —repuso el jefe de la SIP—: cincuenta pasajeros, de los que cinco son los pagadores de la Compañía de Uranio, un piloto, un copiloto, un sobrecargo y dos azafatas, una de las cuales se encarga de la cocina.

Dan preguntó:

—¿Y es posible que ese tipo, que debe estar entre los cincuenta, los pueda dominar a todos?

—No lo sé —repuso Donald—, aunque creo que Silvana puede

decírnoslo.

—Yo no creo —dijo la joven télépata— que haya conseguido hipnotizarlos a todos; en realidad, no lo necesita. Con dominar al piloto y a su ayudante, tiene bastante.

—Pero eso puede traerle dificultades posteriores —dijo Ives.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto aterricen en un punto que no sea un astropuerto oficial, los pasajeros se encolerizarán al verse engañados.

—Es muy posible que actúe entonces sobre ellos. No es muy difícil para él.

—¡Maldita sea!

Hubo un silencio; después, Yolande, que no había dicho nada hasta entonces, inquirió:

—¿Y si actuase sobre nuestros propios pilotos, señor Callowan?

No fue Donald quien contestó, aunque se disponía hacerlo. Pero Silvana, con una sonrisa, se anticipó:

—Nuestro amigo ha tomado disposiciones especiales, ¿no es verdad, Donald?

El hombre miró a la télépata:

—¿Lo ha comprobado usted?

—Sí.

—Bueno —intervino la doctora—, creo que pueden descifrarnos esos misterios. ¿O no podemos saberlos?

—Naturalmente que sí —dijo Callowan—. He hecho aislar la cabina de nuestra nave, colocando unas paredes huecas, por cuyo interior corren corrientes eléctricas de intensidad variable.

—Y gracias a eso —completó la télépata— no se puede actuar sobre la mente de los pilotos.

—¿Por qué? —inquirió Dan.

—Porque los télépatas captan la energía eléctrica que produce el cerebro al pensar y obran del mismo modo, enviando mensajes de tipo eléctrico, cuando desean imponer su voluntad hipnótica sobre otra persona. Esas paredes de doble tabique, con su circulación eléctrica, hacen imposible la labor de nuestro enemigo.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! —exclamó Ives, con entusiasmo—. ¿Y no podríamos nosotros estar protegidos de esa manera?

Donald sonrió.

—No vaya a creer que no lo pensé, amigo mío. Pero es imposible, ya

que al hacerlo impediríamos que Silvana, nuestra mejor arma, pudiese actuar y orientarnos.

—Comprendo.

—Yo me di cuenta en seguida —dijo la muchacha—, porque intenté saber quiénes eran nuestros pilotos. Deseaba conocer su poder de resistencia porque temía que «él» actuase como lo hizo con la «France-IV». Ya comprenderán que lo que deseaba era protegerlos tanto como pudiese; pero, al intentar establecer contacto telepático con sus cerebros, me percaté que había un obstáculo infranqueable. Y supuse en seguida que nuestro amigo Donald había tomado ciertas precauciones...

Y mirando a Callowan dijo:

—Es usted un hombre formidable, amigo mío. Callowan sonrió; luego contestó:

—Se hace lo que se puede, Silvana... Este asunto va a terminar conmigo y yo hubiese deseado protegernos a todos de una manera más eficiente; pero ¿cómo hacerlo sin perturbar sus poderes? Usted es el único medio de información que poseemos... una especie de radar lindísimo...

—Es usted muy amable y cortés.

—No. Hago justicia. Y es porque tengo mucha confianza en usted y sé que si hasta ahora no ha podido lograr algún éxito contundente, ahora tiene más probabilidades de conseguirlo.

—¡Y lo haré! —repuso ella, con viveza no exenta de entusiasmo—. ¡También tengo yo ganas de que se acabe todo esto y ese criminal deje de hacer de las suyas! ¿Cree que he olvidado un solo instante las burlas de que nos ha hecho objeto?

—Ya lo sé, Silvana. Por eso dije antes que tenía una confianza plena en usted. Ahora debemos ir a descansar. ¿No les parece?

Asintieron todos, retirándose a los sitios que se les había asignado. Al pasillo central, que corría como una columna vertebral a lo largo de la velocísima astronave, desembocaban todas las cabinas. Al fondo, a la derecha, se encontraba la de Callowan; antes de ésta estaba la de Dan y Lochamps. Al otro lado, y separadas por el cuarto de aseo, se hallaban las de Yolande y Silvana.

—Tienes un jefe maravilloso —dijo Ives, mientras se desnudaba.

—Seguro que lo es.

—No me extraña nada que haya llegado a ocupar el puesto que defiende. Y tampoco me extraña que la SIP sea tan famosa.

—Hacemos lo que podemos...

—¡Te has aprendido sus propias palabras! ¡Es un tío verdaderamente grande! Me estoy imaginando la cara de rabia que pondrá ese canalla cuando vea que no puede hacer nada contra nuestros pilotos.

Dan dijo:

—Y no podrá tener ocasión de hacerlo. La cabina no se abrirá en ningún momento, ya que ellos tienen su propia reserva de aire, sus víveres propios. Y no tendrán necesidad de salir para nada de su cubil.

—¡Es estupendo!

—¿Te fijaste cómo la telépata lo sabía ya?

—Sí. También es estupenda esa mujer —repuso Ives—. ¡Aunque no me casaría con ella por todo el oro del mundo! ¡Imagínate! Una mujer que conozca lo que piensas en cualquier momento del día o de la noche.

Siguió hablando, sin darse cuenta de que Dan no le escuchaba.

Al llevar la conversación hacia aquel asunto, Corrigan no pudo evitar una sonrisa, dejándose llevar por sus propios pensamientos y dejando de oír lo que su compañero le decía.

Hasta que éste se apercibió de su desatención.

—¿Es que no me escuchas? ¡Eh, Dan!

El agente se sobresaltó.

—¿Qué decías?

—Nada. Lo que quiero es que me digas qué te ha pasado. Por un momento, te lo juro, creí que el telépata te estaba hipnotizando... ¡Ponías una cara!

Al oír aquellas palabras, Dan sintió que un estremecimiento le recorría la espalda. Recordaba lo ocurrido a su compañero y le miró con los ojos llenos de asombro.

Pero reaccionó en seguida.

—No —dijo, sonriendo—. Y has de perdonarme porque no te escuchaba. ¡Es que me siento tan feliz!

—¿Sí?

—Sí. Y hasta tenía ganas de decírtelo. Es muy probable, seguro, que al terminar este trabajo te invite a mi boda.

—¡No me digas más! ¿Yolande?

—La misma.

Ivés estrechó la mano de su amigo.

—Me alegro muchísimo.

Momentos después, ya acostados, siguieron hablando hasta que el francés, vencido por el sueño, dejó oír los primeros ronquidos.

Dan sonrió.

Después, dejándose llevar de nuevo por su felicidad, que le inundaba, fue hundiéndose en un sueño que se auguraba lleno de imágenes rosas.

Cuando se despertó, sobresaltado, una rara angustia se había apoderado de él. Se sentía inquieto, molesto, como si la intuición de un peligro le acuciase.

Encendió la luz, dispuesto a despertar a Ives y buscar en el calor de su compañía un poco de la paz mental que necesitaba. Pero al mirar a la litera del francés comprobó que estaba vacía.

Miró la hora.

Hacía menos de tres que se habían acostado y no comprendía la causa que habría motivado que Ives abandonase su cama. Después, pensando en lo que ya había ocurrido una vez, encontró justificada su intranquilidad, vistiéndose en un santiamén y yendo en busca de Ives.

El pasillo estaba desierto.

No pudo evitar que el miedo penetrase en su ánimo, ya que podía imaginar mil cosas distintas. Sometido al poder del telépata, al que había demostrado ya ser excesivamente susceptible, Ives podía cometer cualquier barbaridad, incluso romper las paredes de la cabina y matar a los pilotos, dejando que la nave se perdiese en el espacio.

Se estremeció.

Estuvo a punto de ir solo al salón, único paso hacia el pasillo que conducía a la cabina; pero, pensándolo bien, retrocedió, deteniéndose ante la puerta de la cabina de Callowan. Intentó abrirla, pero comprobó que estaba herméticamente cerrada.

Dudó.

Decidiéndose luego, pensó que lo mejor era llamar a Yolande. La muchacha comprendería sus temores y le acompañaría en busca de Ives.

Llamó a la puerta, quedamente. Pero, al hacerlo, comprobó que estaba abierta y, presa de un pánico súbito, la empujó, comprobando que el lecho de la muchacha estaba vacío.

—¡Yolande!

Nadie le contestó.

Con el corazón acelerado por el pánico, abandonó la cabina, avanzando por el pasillo hacia el salón. Había, al final de aquél, una escalera que conducía a la planta superior de la astronave, donde estaba situado el salón, a la misma altura que la cabina de pilotaje.

Al llegar a la escalera, un rumor quedó de voces le alcanzó. No podía, por el momento, discernir lo que se decía. Por eso, de puntillas, seguro de sorprender algo anormal, fue subiendo hasta detenerse en el recodo que la escalera hacía antes de desembocar en el salón.

Desde allí las voces eran perfectamente inteligibles.

Hablaba Ives:

—Cuando me lo dijo amor mío, estuve a punto de romperle la cara, pero me contuve.

—Hiciste bien, Dan. Él no sabe nada de nuestro amor y me dio un poco de pena decírselo.

—Ése ha sido tu error.

—Pero te prometo que se lo diré mañana. Te quiero demasiado para hacerte sufrir.

—¿Cómo pudiste llegar a engañarle, Yolande?

Y después de una pausa:

—No lo sé... Me cogió desprevenida, en un momento tonto. Luego, cuando me di cuenta de que había llegado demasiado lejos, ya era muy tarde... Pero todo eso tiene un arreglo.

—¡Lo exijo!

Dan no creía lo que estaba oyendo.

Avanzando un poco más, pudo ver la escena que se desarrollaba en el salón.

Yolande estaba en brazos de Ives, que la apretaba fuertemente contra sí. Justo, en el momento en que Corrigan asomó la cabeza, los dos jóvenes se besaban con pasión.

Una cólera roja nubló la vista del americano.

Retrocediendo vivamente, pero no obstante sin hacer el menor ruido, regresó a su habitación, cogiendo la pistola que había dejado debajo de la almohada.

¡Estaba decidido a matar!

Y no podía decirse que nadie actuase sobre él. Su mente estaba libre de poderes extraños. Y por eso, justamente, su cólera era natural, humana, sin freno alguno.

¿Qué le importaba lo que pasara después de haberle matado?

Le hablan engañado miserablemente y él iba a poner las cosas en su sitio. No estaba dispuesto, en modo alguno, a dejar que le arrebatasen de aquella sucia manera a algo que quería por encima de todo. Y cuando Ives cayese acribillado, ella tendría que volver a él, viendo todo lo que era capaz de hacer por defender su amor.

Una rabia frenética se había apoderado de sus sentidos y corrió, con el arma fuertemente apretada en la mano, subiendo la escalera a una velocidad indecible.

Una vez arriba, observó que ellos seguían de la misma forma y esperó unos instantes, escondido en el rellano, a que se separaran.

Riendo, feliz, por completo, Ives se alejó un poco de Yolande, al tiempo que decía:

—¡Ya verás qué cara de idiota pone cuando le digas la verdad!

Un rugido salvaje brotó del pecho de Corrigan.

Extendió la mano, procurando dominar el temblor que la cólera ponía en ella, y se dispuso a apretar el gatillo.

Pero, en aquel momento, algo que poseía una energía colosal cayó sobre su brazo, justo en la región del codo. El disparo desgarró el silencio, pero el proyectil, modificada por entero su fatal trayectoria, se empotró en el revestimiento aislante del techo del salón.

Venciendo el dolor tremendo, Dan intentó defenderse de la agresión de que era objeto. Pero Callowan, que era quien estaba a su lado, le propinó un nuevo golpe con el canto de la mano, que ahora chocó con el cuello del agente, haciendo que se desplomase sin conocimiento.

Mirando, extrañadísimos, la escena, Ives y Yolande no sabían qué decir; pero la muchacha, lanzando un grito, se abalanzó hacia Dan, arrodillándose a su lado y dando libre curso a sus lágrimas.

—¡Dan, amor mío! —exclamó, levantando la cabeza de Corrigan.

* * *

Callowan abandonó a los jóvenes y descendió la escalera, precipitándose a toda velocidad hacia la cabina de la télépata.

Por fortuna, ella la había dejado abierta.

Al entrar, la mirada de Donald se clavó en el lecho, estremeciéndose

al ver que la muchacha, como presa de una atroz pesadilla, se revolvía, gimiendo de una manera horrorosa.

Apoderándose de la jarra de agua que había sobre la mesilla de noche, el jefe de la SIP lanzó el contenido del recipiente sobre el rostro de Silvana. Ésta se estremeció, despertándose con brusquedad y mirando a Callowan a través del agua que empapaba su rostro.

Hubo un largo silencio: mientras, Donald fue en busca de una toalla, alargándosela, sin decir nada, a la joven.

Silvana se secó el rostro, con la cabeza baja, profundamente avergonzada; luego, sin poderlo evitar, empezó a sollozar en silencio.

Callowan, que se había sentado junto al lecho, dejó que se calmase, encendiendo un cigarrillo para él y otro para la joven, que colocó entre los trémulos labios de la muchacha. Ésta le miró agradecida, calmándose por completo poco después.

Y tras unos minutos más de silencio, exclamó:

—¡Soy una desdichada, Donald!

—¿Por qué?

—Porque creí que iba a serles de alguna utilidad... ¡y fíjese lo que ha hecho conmigo!

—¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Es que no se ha dado cuenta? ¡¡Me ha hipnotizado!! Con la misma facilidad que lo hubiese hecho con uno de ustedes... ¡Se ha reído de mis poderes, de la barrera mental que puse anoche para evitar que lo hiciese! ¡No valgo para nada! ¡He fracasado!

Callowan sonrió.

—No debe abatirse de esa manera, Silvana. Un combate perdido no significa, ni muchísimo menos, que todo se haya desplomado para siempre... ¿Cree que no he tenido yo esa sensación de fracaso otras veces, muchísimas, y sobre todo durante estas últimas semanas? ¡Me hubiese abofeteado a gusto!

—Lo sé, amigo mío... paró yo confiaba en mis poderes. Me habían dicho que los tenía... y muy buenos. Hasta yo misma he llegado a creérmelo... ¡Estúpida de mí! ¡Bien merecido lo tengo!

Callowan acarició los negros cabellos de la telépatha.

—Un poco de calma, por favor... amiga mía. No se preocupe: ya le daremos su merecido.

Los ojos de la muchacha brillaron como ascuas.

—¡Prométame que me lo dejará, Donald! ¡Dígame que me permitirá que lo desgarre el rostro con mis uñas!

Parecía una fiera.

Callowan sonrió.

—Todos podremos estar satisfechos el día que lo huyamos cazado, Silvana. Descanse ahora y cálmese. Todo irá bien... no se preocupe.

—Es usted muy bueno...

—Un poco... un poco nada más.

Y salió.

Capítulo

IX



E encontraban reunidos en el salón. Todos los rostros mostraban, excepto el de Callowan, una expresión, una vergüenza que les impedía mirarse a la cara unos a otros.

Yolande había servido la comida, pero casi nadie probó lo que contenían los platos. Finalmente, ante las tazas de café humeante y cuando los cigarrillos estuvieron encendidos, Donald rompió aquel pesado y desagradable silencio.

—No debemos desmoralizarnos de esta manera —dijo—. Eso es, precisamente, lo que «él» desea. Ya hemos visto, por lo que ha hecho, que intenta dividirnos, crear entre nosotros odio para que nos destrocemos mutuamente. Es la manera más cómo da de eliminarnos.

Nadie dijo nada.

—Hablando claro —siguió Callowan—, ha sido un error, un grave error, el que en estos momentos, Dan y Yolande se enamorasen. ¡Ya teníamos suficientes problemas! —sonrió—. Pero ya sabemos que no se puede hacer nacia para evitar que esas cosas se produzcan, por desgracia, quien ha estado a punto de sacar partido de esa situación... ha sido él.

»Y tú, Corrigan, debías haberte dado cuenta, de que lo que viste en el salón no podía ser posible.

—Me cegué, señor...

—Ya lo sé. Y también sé que tu ceguera estuvo a punto de costarnos un serio disgusto. Porque tú no hubieras gozado de ningún atenuante al matar a Ives.

Éste levantó la cabeza.

—No comprendo... —dijo—. Yolande me ha explicado lo que ocurrió en París, cuando robé aquellos objetos al anticuario... Yo mismo recibí, horas después, la denuncia... ¡Sin saber que yo era el culpable!

—Sí —repuso Donald—. Nuestro amiguito el telépata tiene muy desarrollado el sentido del humor. Aunque ahora empieza a demostrarnos que está un poquito nervioso.

—¿Usted cree?

—Evidentemente. Cuando ha intentado que nos matemos entre nosotros, es que su seguridad personal no es tan grande como al principio. Sabe que estamos dispuestos a perseguir la nave de la que se ha apoderado y que tendrá que luchar. Sabe también que no dejaremos un momento y que estarnos preparados para lo peor. Que preferimos morir antes de dejar de intentar que reciba el castigo que merece. Mañana llegaremos a Venus. Por eso, antes de establecer contacto con las autoridades de ese planeta, cosa que voy a hacer ahora mismo, he querido estar seguro de que todos habéis olvidado, por completo, lo ocurrido. ¿Es así?

—Yo... —dijo Ives— pido perdón a Dan y Yolanda. ¡Estoy avergonzado!

—No es necesario que pidas perdón, amigo mío —repuso la muchacha.

—Soy yo quien debo excusas —dijo Corrigan—. Me porté como un imbécil.

—Nadie tiene que pedir perdón —resumió Donald—. Ives y Yolande obraron bajo la influencia de una mente superior. En cuanto a ti, Dan, a pesar de que pasaste los límites de lo lógico, se te comprende perfectamente. Todo esto debe ser olvidado.

—¿Usted cree?

Era Silvana, que no había despegado los labios, hasta entonces. Y como nadie contestase, ni Callowan tampoco:

—Soy yo la que no merezco perdón alguno. ¿Qué clase de protectora se han buscado? ¡Es ridículo! Tengo la misión de defenderles y caigo la primera, como una idiota, dejando que «él» haga lo que quiera...

—Nadie tiene culpa de nada, Silvana. Usted hace lo que puede. Y si, desdichadamente, el poder de ese maldito es superior al suyo, no

tenemos más remedio que rendirnos ante ello.

—¡Pero ustedes tienen que despreciarme!

—¡No sea tonta! Nosotros apreciamos sus magníficos esfuerzos y estamos seguros de que aprovechará la lección recibida. ¡Me apuesto cualquier cosa a que, por lo menos, no volverá a cogerla desprevenida!

—¡Eso no! Aunque destroce mi sistema nervioso, estaré alerta, día y noche, dispuesta a enterarme de los propósitos de ese canalla, sea como sea.

Donald se puso en pie, dirigiéndose hacia el transmisor que había en un rincón.

—Veamos lo que nos dicen nuestros amigos de Venus.

Manejó unos mandos y minutos después estaba en comunicación con la torre del Astropuerto de Venusville.

—¡Un momento, señor Callowan! —dijeron desde allí—. Vamos a llamar al jefe de policía.

—Bien.

Y después una voz agradable y enérgica se dejó oír:

—¡Saludos, Callowan! ¿Cómo va eso?

—¿Qué hay, Foster?

—Lo que tú digas... Hace mucho tiempo que no nos vemos, ¿eh, viejo?

—Sí. Pero no creas que he olvidado que estudiamos juntos. ¿Tenéis noticias del «France-III»?

—Sí. El radar ya lo tiene en sus redes. Está a unos doscientos mil kilómetros de aquí. También conocemos la posición del «Star». Y, precisamente, quiero decirte que tus pilotos deben ser mudos. Les hemos llamado media docena de veces y no han contestado. ¿Pasa algo a bordo?

Callowan sonrió.

—Nada. Pero mis pilotos tienen orden de no contestar a nadie. Ya habrás leído el informe que te mandé y comprenderás los motivos.

—¡Claro que los comprendo! Menudo asuntillo, ¿eh, Callowan?

—Un poco espinoso.

—¿Un poco? ¡No sé cómo te las arreglarás! Pero si yo estuviese en tu pellejo, no estaría nada de tranquilo.

—No te preocupes por mí... ¿Puedes decirme el rumbo que sigue la astronave que va delante de la nuestra?

—Ya hemos hecho cálculos, siguiendo tus instrucciones, pero

todavía no pueden darnos una respuesta con la certeza que tú quisieras; de todos, modos, es casi probable que se dirijan hacia el sur del planeta.

—Muy bien. Abrid bien los ojos y que no se os escape. Yo creía que íbamos a alcanzarle, pero nos lleva mucha ventaja.

—De todas maneras, el «Star» ha ido como una flecha.

—Sí. Mis pilotos son excelentes. Nada más, Foster. Ahora que conoces mi longitud de onda, puedes llamarme cuando lo precises.

—Así lo haré. ¡Cuídate, viejo amigo!

—Pronto tomaremos algo en tu casa. Adiós.

—Adiós.

Iba a desconectar cuando la luz de llamada se lo impidió. Creyendo que se trataba de su amigo, que había olvidado de decirle algo, Callowan inquirió:

—¿Algo más, Foster?

—No soy Foster —dijo la voz—. ¡Tenía muchas ganas de hablar con usted, Callowan!

Donald pudo evitar un estremecimiento.

—¿Quién es usted? —inquirió.

El otro rió, con una carcajada fuerte.

—¡No me diga que he de presentarme, gran hombre! Voy a bordo de «France-III» y soy, puesto que hay que decirlo, su enemigo... ¿Contento de oírme?

—Es posible.

—Ya tengo pruebas de que usted es muy listo, Donald. Pero de nada le servirá. Si fuese un hombre sensato, no me seguiría. ¡Caminan todos hacia la muerte!

—Es posible.

—Se repite usted mucho. Bueno, puesto que ya no voy a verle vivo, ni tener el placer de oír su voz, quiero despedirme de usted. ¡Me ha divertido bastante!

La comunicación se cortó.

Donald volvió a la mesa y se sentó; luego encendió un cigarrillo.

—¡Es un cínico! —exclamé Dan, con los puños cerrados.

—¿Qué le ocurre a Silvana? —intervino Yolande.

Todos volvieron el rostro hacia la telépata.

Ésta, que tenía los ojos cerrados, los abrió en aquel momento. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Perdonen..., amigos míos; pero cuando oí que «él» establecía

comunicación con Donald, no pude retener las ganas de vengarme..., aunque fuese un poco.

—¿Y lo ha conseguido? —inquirió Ives, con la mirada brillante.

—Sí. El estaba entretenido, hablando con Callowan. Yo, entonces, pude entrar en su mente y provocar un accidente que, por desgracia, no ha tenido mucha importancia.

—¿Qué ha pasado?

—Al terminar de hablar, tropezó, dirigido por mi mente, contra una silla, y cayó al suelo. Yo había orientado, en cierto modo, su caída, de forma a que su cabeza chocase contra el borde de una de las patas metálicas de la mesa. Pero él se dio cuenta de la maniobra y evitó el choque por milímetros.

—¡Qué lástima! —exclamó Dan.

—Sí —dijo Donald—; pero, a pesar de todo, algo se ha hecho.

* * *

Callowan se había ido a dormir, fatigado después de todas las emociones de aquel día. Silvana, agotada por el esfuerzo mental realizado, también se había marchado a su cabina.

Yolande, Dan e Ives se quedaron en el salón, tomando una taza de café y fumando unos cigarrillos.

—Si me permitís —dijo el francés—, seré el padrino de vuestra boda. Es lo menos que puedo hacer después de lo ocurrido.

Dan sonrió.

—Olvida, eso, amigo mío. Estaremos orgullosos de tenerte como padrino, ¿verdad, Yolande?

—Yo misma deseaba pedírselo.

—¡Pues contad conmigo! Es como si ya estuviese hecho.

Y mirando a Dan preguntó:

—¿Abandonarás el servicio?

—Tengo que hacerlo. El artículo treinta y tres se opone rotundamente.

—Creo que tengo una buena idea..., si Callowan lo aprueba.

—¡No me lo digas! ¡No hace falta! ¿A qué quieres ingresar en la Spacial International Police?

—¿Crees que Callowan me admitirá?

—¡Seguro! Cuando estábamos en Washington, antes de conocerte, ya me dijo que le agradabas mucho...

—Pero después he cometido dos errores terribles.

—¡No digas tonterías! Todos sabemos que ese canalla nos engañó; no sólo a ti, sino a todos.

—A todos menos al jefe.

—Es verdad, y no puedo comprender cómo ha logrado escapar al poder de ese asesino.

—Callowan es un hombre excepcional.

—No importa. Los poderes del telépata son tremendos...

Hubo una pausa; luego, de repente, Yolande dijo.

—Tenemos que matar a Callowan... esta noche.

La miraron, con terror; pero, casi al mismo tiempo, una especie de vacío se hizo en la mente de los dos hombres.

Y Dan repuso:

—Yolande tiene razón. Tenemos que matarle.

—Sí —repuso Ives—. Hay que matarle.

Permanecieron en silencio.

—Creo —dijo después la muchacha— que deja la puerta entreabierta. De esa manera, oyó la otra noche que Ives venía a buscarme y que tú, Dan, un poco más tarde, salías de tu cabina.

—Así debió ser —afirmó éste.

—Si obramos con cuidado —dijo Yolande—, podremos sorprenderle durmiendo.

—¿Cómo le mataremos?

—Eso es igual. Podemos hacerlo con las pistolas.

—Es lo mejor.

Dan se dirigió a la joven, inquiriendo:

—¿Quieres comprobar si ha dejado la puerta entreabierta?

—Sí.

Se levantó y los dos hombres encendieron dos nuevos cigarrillos. Durante la ausencia de Yolande, no se dijeron nada.

Cuando regresó, la muchacha tomó asiento y tras encender un cigarrillo, que Ives le tendió, dijo:

—Eso está bien. ¿Vamos?

—Sí.

Examinaron primero sus armas, comprobando que estaban

preparadas para ser utilizadas. Después abandonaron el salón con cuidado, bajaron por la escalera, dirigiéndose, en medio del mayor silencio, hacia el fondo del pasillo.

Suavemente, Yolande empujó la hoja metálica, que giró sobre sus goznes sin el menor ruido. La luz de la mesilla de noche estaba encendida y el lecho era perfectamente visible.

Paso a paso, con el mayor cuidado, fueron acercándose al lecho. Sólo un poco de la Cabeza de Donald era visible.

Apretaron los gatillos.

La forma del lecho se estremeció al recibir los disparos. Y por los orificios que las balas habían hecho, intensos chorros de sangre empezaron a salir.

Los disparos, como siempre, despertaron a los tres.

Mirándose los unos a los otros, sin comprender, permanecieron unos instantes en silencio; luego, cuando la luz se hizo en sus mentes, sintieron que el horror les ganaba.

—¡Hemos matado a Callowan!

—¡De nuevo se ha apoderado de nuestras mentes! ¡Estamos perdidos!

—¡Dios mío! —gritó Yolande.

Pero, en aquel momento, una puerta se abrió a la izquierda, dejando paso a un Callowan más sonriente que nunca.

—¿Eh?

Las miradas de aquellos tres desdichados iban de la figura de Donald al bulto del lecho, del que seguía brotando sangre.

—¿Cómo... es posible? —inquirió Dan, blanco como el papel.

—Un viejo truco... Dadme las pistolas, por favor.

Obedecieron en silencio.

Entonces Callowan tiró de las sábanas, dejando ver un odre de plástico, que dejaba salir un líquido rojo por los orificios que las balas habían producido.

—No podía fiarme de nada —dijo— y por eso tomé mis precauciones. La cosa empieza a ir por el buen camino, amiguitos.

—¿Eh?

—Sí. «Él» ya sabe que está perdido y que nada podrá salvarle. ¿Y si fuésemos a dormir un poco? Pero haced el favor de no despertarme de nuevo..., aunque esta vez cerraré la puerta con doble cerrojo.

Y sonrió, seguro de sí mismo.

Capítulo

X



DESPUÉS de recibir algunos informes de Foster, el «Star» viró hacia el este, siguiendo la marcha de la otra astronave que, alejándose de la dirección que la hubiese conducido a Venusville, se dirigía hacia el norte.

Dos horas más tarde, Callowan y sus amigos sabían exactamente el lugar en que se había posado la «France-III». Se trataba de una propiedad alejada de los núcleos habitados y rodeada por densos bosques, en una región inexplorada.

No hubo, más remedio que posar la «Star» en el mismo llano donde había aterrizado la otra astronave.

Trescientos metros escasos separaban la una de la otra.

—¿Vamos a bajar? —inquirió Ives.

—No.

—¿Por qué? —preguntó, a su vez, Dan.

—Porque, por el momento —repuso Callowan—, es «él» quien lleva la iniciativa de las operaciones. Y es casi seguro que esté fraguando algo.

Nada ocurrió durante todo aquel día venusiano.

Donald y los suyos observaron como bajaban los componentes de la tripulación del «France-III», dirigiéndose hacia la mansión situada al fondo.

—No parecen preocuparse de nosotros —dijo Silvana.

—Por ahora no —repuso Donald—, pero no podemos fiarnos.

En efecto, mientras cenaban, rodeada la nave por la oscuridad de la noche, dos fuertes explosiones hicieron que platos y vasos saltasen por el aire, obligando a los ocupantes de la mesa a agarrarse a lo primero que encontraron para no rodar por el suelo.

La astronave se inclinó intensamente hacia su derecha.

—¿Qué demonios intentan hacer? —gritó Dan—. ¿Es que quieren hacernos saltar en pedazos?

—No temas —dijo Donald—. Se han limitado a volar las toberas.

—¡Pero eso significa que han inutilizado la nave!

—Sí, La «Star» no podrá volar en muchísimo tiempo.

—¿Y para qué han hecho eso?

—Ya lo sabremos mañana.

No pudieron dormir, aunque lo intentaron. Silvana hizo esfuerzos tremendos con su mente, informando a sus amigos que no podía atravesar la barrera mental del télépata.

—Sin embargo —dijo—, creo que prepara algo fuerte y definitivo contra nosotros.

—Me lo imagino.

A la mañana siguiente, cuando el sol salió sobre el horizonte, pudieron ver que estaban completamente rodeados. La tripulación completa del «France-III», armada hasta los dientes, empezó a disparar poco después, perforando algunos ojos de buey y haciendo que los tripulantes de la «Star» abandonasen su punto de observación.

—¡Sí que se pone bonito todo esto! —exclamó Dan.

—¡Devuélvanos nuestras armas, señor Callowan! —dijo Ives—. ¡Quiero demostrar a esos granujas que sé tirar!

—Ya sé que eres un excelente tirador, Ives. La otra noche me lo demostraste. ¿Quieres que me exponga de nuevo?

Lochamps enrojeció.

—Perdone, señor...

Pero, sonriendo, Callowan le golpeó amistosamente en la espalda.

—No te preocupes, amigo. Todo se arreglará.

Fue en aquel momento cuando, a través de una de las ventanillas, cuyo cristal había sido destrozado, cayó una granada de gas.

—¡Nos quieren adormecer! —gritó Yolande.

Rápido como el rayo, Donald se apoderó de la granada, volviéndola

a tirar al exterior. Vio entonces, en el poco de tiempo que pudo mirar por el ojo de buey, que se preparaban otras granadas.

—Ya es hora de que se acabe la comedia —dijo con firmeza—. ¿Echamos el telón?

Le miraron, como si se hubiese vuelto loco.

Pero él, sin abandonar la sonrisa que ornaba sus labios, se movió a una velocidad vertiginosa, golpeando, con la culata de la pistola que empuñaba, la cabeza de Silvana, que, desprevenida, cayó como un muñeco dislocado.

—¡Se acabó la comedia! —exclamó triunfante—. ¡Ya podéis asomaros sin peligro!

Y dando el ejemplo, se asomó, sacando la cabeza por entero.

—¡Eh, amigos, tirad esas armas! ¡Vamos a salir!

Los tripulantes de «France-III» le miraban, sin comprender. Y obedecieron mansamente.

Donald se volvió a sus amigos y dirigiéndose a Yolanda, preguntó:

—¿Trajo el pentotal, como le dije?

—Sí, señor...

—Inyecte una fuerte dosis a esa harpía. Usted es responsable de que no recobre el conocimiento hasta que la llevemos a la Tierra. La alimentará con glucosa por vía intravenosa. ¿Entendido?

—Sí.

—¡Vamos a saludar a nuestros amigos! Quiero echar una ojeada a la casa.

Bajaron todos, excepto la muchacha, que cumplió lo que aquel hombre maravilloso le había ordenado.

* * *

El «France-III» regresaba a la Tierra.

Todos los pasajeros se habían quedado en Venus y Donald había requisado la nave, con autorización de la Compañía, sirviéndose de ella para volver a Washington.

Sentados alrededor de la mesa, sus amigos, incluso Yolanda, que seguía ocupándose de Silvana, comían lo que el cocinero de a bordo, una maravillosa y linda azafata, les había servido.

Sirvió después el café, y Callowan, de una manera ostensible, sacó un habano que encendió con un complejo y divertido ceremonial.

—Hago esto —dijo— cada vez que termino un asunto. Prefiero los habanos a toda otra clase de tabaco, pero desde el mismo momento en que empiezo una investigación, me privo del mejor de mis placeres, castigándome a no gozarlo hasta haber, concluido triunfalmente el caso. Es una manía, pero por nada del mundo la abandonaré.

Echó unas bocanadas y, sonriendo satisfecho, continuó:

—Ya sé, mis queridos amigos, que ahora que nuestra pesadilla ha terminado, querrán naturalmente saber muchas cosas. Pero prefiero que me pregunten. Yo contestaré a todo...

—¿Qué fue usted a hacer a Washington? —inquirió Dan.

—¡Buena pregunta, muchacho! Fui allí para hacer algunas cosas que consideré de primera importancia. Antes que nada, quería tener la seguridad de que nuestro enemigo no podía divertirse a mi costa.

—¿Cómo lo logró?

Donald señaló su cabeza.

—Sacrificando mi hermosa cabellera. Me afeitaron la cabeza en Washington, colocando sobre mi cráneo pelado una doble placa, de dos hojas muy finas, ambas metálicas, por entre las que circulaba una corriente eléctrica.

Levantó el pelo que le caía por el cuello, dejando ver un cable.

—Llevo; es decir, llevaba, en la espalda, un acumulador que me procuraba la corriente necesaria. Así, ningún telépata podía influir sobre mí. Pero, además de protegerme, hablé con algunos especialistas en psicología, que me aclararon algunos conceptos. Por ejemplo, pude saber con seguridad que nadie podía influir sobre otro a larga distancia. Ya comprenderéis que aquello no hacía más que acrecentar el misterio de lo ocurrido en «France-IV». Pero yo ya tenía algunas sospechas..., aunque vagas.

—¿Qué ocurrió en aquella nave?

—Lo primero que debías preguntarme, Ives, es para qué fue destruida aquella nave. Ninguna ganancia material podía sacar la telépata de la destrucción del astrocohet.

—¿Entonces?

—Había algo muy importante: una persona, abandonando su retiro en Venus, venía a impedir los desmanes del telépata. Era el padre de Silvana.

—¿Su padre?

—Sí. El profesor Inrum, el mayor y más potente telépata que ha existido. Se casó muy joven con una francesa que le dio una hija. Inrum no se percató, hasta muy tarde, de que su hija había heredado sus maravillosas facultades. Pero cuando tuvo conocimiento de ello, también comprobó que Silvana deseaba explotar sus poderes telepáticos de un modo criminal.

»El estaba en comunicación mental con su hija a través del espacio, ya que ésta es la única excepción a lo que dije antes. Sólo entre telépatas excepcionales, y ellos eran de esta clase, puede establecerse una comunicación a través del espacio. Por este medio, el pobre padre intentó disuadir a su hija. Pero no lo logró.

—¿Es por lo que se decidió a venir a la Tierra?

—En efecto. Pero ella, naturalmente, lo sabía, Lo que voy a decir ahora forma parte de lo que, bajo el sueño del pentotal, o droga de la verdad, ha obtenido Yolanda, pasándolo a un magnetofón.

—Así es —dijo la muchacha.

—Una vez conoció Silvana los propósitos de su padre, que estaba enterado de lo que su hija había empezado a hacer, jugó con un maquiavelismo terrible. Hizo caer en hipnosis al copiloto, que ya estaba bajo su poder desde que salió de Francia para Venus. Era la única persona que podía atacar, El copiloto echó una pastilla de somnífero en la bebida que solicitó Inrum. Y su hija utilizó la mente de su padre para hipnotizar al piloto, que, después de asesinar a su compañero, hizo que la nave se desintegrara en la atmósfera terrestre.

—¡Qué horror!

—Una vez suprimido su único enemigo, Silvana podía obrar a su antojo.

—¿Cuándo desconfió de ella?

—Tardé mucho en hacerlo, aunque ya sospeché algo, respecto a su sexo, al repasar la lista de joyas robadas en París por aquella pobre inglesa. Parecía como si la persona que se había apoderado de aquello deseara vestir como una reina.

»Tampoco hay que olvidar que cuando en Washington repasé la lista de los viajeros del “France—. IV” y vi el nombre del indio, después de informarme, supe que tenía una hija, aunque no existía huella alguna que pudiese identificarla con Silvana.

»Fue al volver a París y encontrarme con ella, cuando mis sospechas se solidificaron.

—¿Y sabiendo que era ella, no intervino antes?

—No podía hacerlo. No estaba seguro del todo. Cuando lo estuve, y fue al decirme que «France-III» había sido utilizado por el inexistente enemigo, ya no podía intervenir.

—¿Por qué?

—Porque ella había hipnotizado al piloto y a su ayudante, haciendo que se llevasen consigo todo lo que había robado en París. Yo no podía dejar a aquellos hombres que se despertaran en el espacio de una hipnosis profunda, con los peligros que para todos los tripulantes podía significar esto. Por eso preferí salir detrás de ellos.

—¿Y por eso blindó la pared de los pilotos del «Star»?

Donald, sonrió.

—Sí, aunque no había tales pilotos. Dos robots eran los encargados de llevarnos, sin peligro, a Venus.

—¿Lo sabía ella?

—Seguramente, pero no dijo nada. Mi cabina se comunicaba por aquella puerta con un pasillo que llevaba directamente a la de pilotaje. Yo dormía allí, cerca del cuadro que hice instalar.

—¿Un cuadro? ¿Para qué?

—Era una maravilla electrónica, que me permitía ver, oír y saber todo lo que pasaba en cada cabina. Por eso pude evitar que Dan matase a Ives y luego supe, con antelación, puesto que lo escuché desde el salón, cuando estabais planeando mi propia muerte.

—¡Es espantoso!

—Sí, lo ha sido.

Hubo una pausa; luego Dan dijo:

—Antes mencionó usted que no había hipnotizado más que a los pilotos del «France-III». ¿No es así?

—Sí.

—Entonces ¿cómo es posible que la tripulación entera nos atacase cuando llegamos a Venus?

—Ya dije también antes que ella podía hipnotizar a cierta distancia. Al llegar a Venus, obró sobre la mente del resto de la tripulación de la otra nave. Primero ordenó que llevasen las cosas a la casa que su padre había construido allí. Y una vez que sus tesoros estuvieron a buen recaudo, les ordenó que nos atacasen. Y lo hizo bien. Si llegan a dormirnos con los gases que tiraron, jamás hubiésemos despertado.

—¡Menuda fiera!

—Ahora no le valdrán sus argucias. Cuando despierte, en su celda de

Sing-Sing, su confesión, en cinta magnetofónica, será escuchada, sin necesidad de verla a ella, por un tribunal especial. Los franceses tomarán parte en el juicio. Y es seguro que sea condenada a muerte. La fusilarán en la misma celda...

—Hacen bien. No pueden darle oportunidad alguna.

—¡Qué harpía! ¡Y pensar que la teníamos al lado!

—Sí, sabía hacer las cosas muy bien, Cuando simuló aquella pesadilla hipnótica, estoy seguro que creyó que yo había caído en la trampa. Pero ya sabía yo que era ella la culpable de todo.

Yolande sonrió.

—Nunca podré olvidarle, señor Callowan. De verdad.

—Ni yo tampoco —dijo Dan.

Callowan sonrió.

—No sé lo que pasa, pero cada vez que resuelvo un asunto, pierdo un agente... y gano otro.

Ives le miró, con extrañeza.

—No, no me mires así. Lo que ocurre es que a fuerza de estar entre telépatas, voy a terminar leyendo el pensamiento de la gente.

—Entonces... ¿acepta mi demanda?

—¿Qué otro remedio me queda?

EPÍLOGO

Silvana fue ejecutada, seis días después de su llegada a la Tierra, en la celda 883 de Sing-Sing.

Se había preparado aquella celda con una serie de armas automáticas, de modo que pudiesen disparar desde fuera, sin necesidad de que los hombres que las manejaban tuviesen que penetrar en el interior de la celda.

Un altavoz especial comunicó a Silvana el resultado del juicio y la sentencia a que había sido condenada.

Nadie esperaba la reacción que se produjo en aquella mujer sin corazón.

Sirviéndose del micrófono que tenía a su alcance, gritó desesperadamente, pidiendo clemencia. Quería ofrecerse como espía a Estados Unidos, servir como se le ordenase; pero, ahora que la muerte se acercaba a ella, perdió todo su orgullo y suplicó hasta enronquecer una piedad que los hombres no podían concederle.

A las tres de la mañana del día once de noviembre, el altavoz sonó en su celda.

—¡Silvana Bellecourt —había guardado el nombre de su madre—, vas a morir! ¡Encomienda tu alma al Señor!

Y once rifles automáticos abrieron fuego doce segundos después.

* * *

Callowan, con un flamante habano en la boca, descendió del vehículo que, en compañía de Ives, le había traído desde el astropuerto de Orly.

El Instituto de Investigaciones Psicológicas estaba ante ellos.

—¿Vamos? —inquirió.

—Vamos —repuso el francés—. ¿Se imagina usted para qué nos han llamado, si hace un año que no nos vemos?

—He perdido mi poder telepático —rió el otro.

Penetraron en el edificio, preguntando por la profesora. Un empleado les guió hasta el departamento que los esposos Corrigan ocupaban.

Al abrir la puerta, Dan sonrió, estrechando la mano de sus dos amigos, con una efusión extraordinaria.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Penetraron en el lujoso apartamento, siendo conducidos por el exagente hasta una habitación donde Yolande, sonriente y más bonita que nunca, estaba en el lecho.

Había una cuna al lado.

—¡Un hijo! —exclamó Ives.

—Una niña —rectificó el padre—. Una hermosa niña.

—No es nada raro —dijo Callowan—. La madre está más linda cada día.

—Muchas gracias, señor Callowan. Les hemos llamado para que estén con nosotros en este día de alegría. Y además...

Miró a su esposo.

—Díselo tú, querido.

—¿Ocurre algo? —inquirió Callowan, frunciendo el entrecejo.

Dan dudó unos instantes; después contestó:

—No lo sabemos aún con certeza, señor; pero estamos casi convencidos de que la niña posee poderes telepáticos.

—¿Eh?

—Sí. Lo hemos podido comprobar muchas veces. Cuando, por ejemplo, Yolande está pensando en llamarme, y yo trabajo en un laboratorio bastante alejado de aquí, me parece como si oyese a mi lado que mi hija llora. Inmediatamente después, el teléfono suena y mi esposa me ruega que acuda.

Ives se quedó con la boca abierta.

—¡Arrea! —exclamó después.

Pero Donald, sonriendo, repuso:

—Lo creo. Además estoy en cierto modo orgulloso. Porque, en el futuro, es muy posible que esa niñita entre a formar parte de la Spacial International Police. Y con ella a nuestro lado... ¡ya pueden surgir todos los telépatas asesinos que quieran!

FIN